COMEDIA FAMOSA.

BIEN VENGAS MAL.

DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

Fiesta que se representó à SS. MM. en el Salon Real de Palacio.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

Don Luis, Galan.
Don Juan de Lara, Galan.
Don Diego de Silva, Galan.
Guzman, Criado.
Espinel, Criado.
Doña Ana, Dama.
Doña Maria, Dama.
Don Bernardo, Viejo.
Ines, Criada.
Juana, Criada.

JORNADA PRIMERA.

En trage de noche salen Don Luis, y Guzman.

Guzm. AL amor, tiempo, y fortuna
todo es posible, señor,
no hay cosa que à su rigor
se defienda. *Luis.* Si no es una;
una sola es imposible.
Guzm. Y qual juzgas? *Luis.* La muger,
quando da en aborrecer,
que es su condicion terrible:
si ya con fuerza suprema
el gusto, y la bizarría
hace del rigor porfia,
y hace del agravio tema.
Guzm. A la opinion respondiera,
defendiendo las que son
de aquesa regla excepcion,
si ya tan tarde no fuera:
entrate à acostar, que el alva,
en los brazos de la aurora,
aljofar, y perlas llora,
y los paxaros con salva
despiertan al sol. *Luis.* Qué poco
descansará mi dolor!
Guzm. Siempre duerme poco amor.
Luis. Por lo que tiene de loco.
Guzm. Entremos en casa presto,
que yo, como no he querido,
estoy al sueño rendido.
Cuchilladas dentro.
Luis. Vamos, pues: pero qué es esto?
Guzm. El ruido adelante pasa.
Luis. Es dentro de casa? *Guzm.* Sí.
Luis. Cuchilladas (ay de mi!)
à estas horas, y en mi casa?
quien son tengo de mirar.
Guzm Ya ellos nos dicen que son
hombres de honra, y de opinion.
Luis. Por qué? *Guzm* Riñen sin hablar.
Luis. Entra conmigo. *Guzm.* Si haré,
mas ya à la calle han salido.
Salen riñendo Don Juan, y otro.
Luis. Cubierto, y desconocido,
mejor la ocasion sabré *ap.*
de mi agravio, y mi deshonra:
Por caballeros, si à caso *A ellos.*
un hombre, que sale al paso
con obligaciones de honra,
al-

algunas treguas previene
à vueſtro acero.

Cae el uno dentro del veſtuario.

Uno. Ay de mi!
muerto ſoy. *Juan.* Y à mi de aqui
auſentarme me conviene.

Luis. Caballero, à mi tambien
me conviene el deteneros,
hablaros, y conoceros,
que en eſta calle no es bien
que nos dexeis empeñados
à un notable deſconcierto,
en poder de un hombre muerto.

Juan. Caballeros embozados,
ſi el advertir, ſi el mirar
à un hombre ya tan reſtado,
en vueſtro necio cuidado
no ha merecido lugar,
dadmele por mi, pues no
os va nada en conocerme,
ò el lugar habré de hacerme
con aqueſta eſpada yo;
que aunque ſois dos, vive Dios,
que aqui no me dais cuidado;
que un hombre de bien reſtado
una vez, vale por dos.

Luis. Si reſtado en un teatro
ſangriento el hombre de bien
importa por dos, tambien
los dos valdremos por quatro:
tambien eſtamos los dos
reſtados, tambien tenemos
los dos valor, y os habemos
de conocer, vive Dios.

Juan. Juſticia debeis de ſer,
que tanto esfuerzo habeis pueſto
en conocerme: y ſupueſto
que ello, hidalgos, no ha de ſer,
y que yo lo he de eſtorbar
como pueda, ya que aqui
no habeis de penſar de mi
que lo haré por eſcuſar
la pendencia, ſino ſolo
por guardarme, y encubrirme,
diſponeos à ſeguirme,
que deſde eſte al otro polo
mi aliento llegar deſea,
ſi así me puedo encubrir;
que quien me ha viſto reñir,
poco importa que me vea
correr, pues haciendo alarde
de valiente, y recatado,
verá que huye de alentado,
quien no huyera de cobarde. *Va*

Luis. Siguele, Guzman. *Guzm.* Apenas
el viento podrá. *Luis.* Qué haremos
en tan dudoſos extremos
de deſdichas, y de penas?

Guzm. Señor, ſi el rieſgo miramos
que en eſta calle tenemos
muerto un hombre, mal hacemos
en eſtar en ella; vamos
à caſa, pues lo que aqui
puede detenernos, es
ſaber quien es, y deſpues
ello ſe ſabrá, que así
encubrirſe no es poſible;
y al fin ſeguros ſabremos
lo que ahora no podemos
ſin la evidencia infalible
de encontrarnos aqui (y mas
ſi amanece) alguien que oyó
que de tu caſa ſalió
la pendencia. *Luis.* Tu me das,
Guzman, el mejor conſejo,
ſi mi pena, y rabia fiera
para admitirle eſtuviera.

Guzm. Al tiempo tus dudas dexo.

Luis. No me determino en eſto,
porque en grande rieſgo eſtoy,
ſi me quedo, y ſi me voy:
ay hermana, en qué me has pueſto!

Sale Eſpinel.

Eſp. Ya la calle ſoſegada
de la pendencia ſe ve,
ahora ſalir podré,
ſin rezelarme de nada.

Guzm. Otro hombre ſolo ha ſalido
de

de casa. *Luis.* Ay rigor cruel!
Guzm. Qué hemos de hacer?
Luis. Saber dél
lo que hemos pretendido:
quien va? *Esp.* Si ese acero ya
ocupado el paso tiene,
pregunte quien se detiene,
y no pregunte quien va:
pues no va un hombre que aqui
no tiene por donde pueda;
y mas que se va, se queda.
Luis. Diga quien es. *Esp.* Eso sí,
ahora que ha preguntado
en forma, responderé
quien fui, quien soy, y seré.
Luis. Decid presto. *Esp.* Soy criado
de un honrado caballero
Andaluz, y Granadino,
que à la Corte à un pleito vino
con mas amor, que dinero:
este aqui gastando pasa
la vida, y fue de su llama
causa, señor, una dama,
que vive en aquesta casa:
hoy que en ella hemos entrado
à acechar por una reja
de ese patio, que no dexa
mayor lugar el cuidado
de un caballero, que es
su hermano, un hombre se entró
tras nosotros, que obligó,
ò atrevido, ù descortes,
à decir que, qué esperaba?
El, ò galan, ò zeloso
de la dama, muy brioso
le respondió, que alli estaba,
porque en el mundo no habria
quien del puesto le quitase,
estorbase, ò no estorbase.
Entonces la bizarria
de mi amo respondió
con el acero; riñeron,
y hasta la calle salieron:
lo demas no lo ví yo,
porque entre el confuso ruido,
entre el rigor impaciente,
yo, como no soy valiente,
me quedé en casa escondido;
porque fuera cobardia
reñir con quien solo estaba
dos, y donde yo me hallaba,
hubiese supercheria:
esta es la tragica historia,
y pues habreis entendido
quien yo soy, seré, y he sido,
aqui paz, y despues gloria.
Luis. Valgame el cielo! qué haré?
mi duda en tus manos dexo,
Guzman. *Guzm.* Señor, mi consejo
es ahora el que antes fue:
retiremonos del daño,
que aqui tan preciso ves,
te satisfarás despues,
si como te desengaño,
te pudiera consolar;
pues si este hombre mas supiera,
mas dixera. *Esp.* Sí dixera,
mirad si hay que preguntar,
que yo no me atrevo à ir
sin licencia de los dos.
Luis. Estoy por matar, por Dios,
à este hombre. *Guzm.* Eso es decir
quien eres, y mejor es
no darte por entendido,
sino cuerdo, y atrevido
salir à todo despues.
Luis. El nombre al punto declara
de tu amo. *Esp.* Eso al instante,
que soy doncel de Clarante;
llamase Don Juan de Lara.
Luis. No le conozco. *Esp* Es favor
del cielo, al mismo pluguiera
que yo no le conociera;
pero no me dais, señor,
licencia? *Luis.* De mala gana.
Esp. Yo tan obediente soy,
que de muy buena me voy. *Vase.*
Luis. Ay honra mia! ay hermana!
mas

mas tu acuerdo he de tomar,
à la fortuna dexemos
este suceso, y entremos
en casa à disimular
las penas, y los enojos,
haciendo à nuestros agravios
estrecha carcel los labios,
ultima linea los ojos.
Yo fingiré mis desvelos,
porque es un despertador
de las horas del amor
el hombre que pide zelos,
y así, en callar, y fingir
mas el valor se acrisola,
que zelos de la honra sola
una vez se han de pedir. *Vanse.*

Salen Doña Ana, y Ines.

Ines. Qué hermosa te has levantado!
esta vez sola, señora,
no hiciera falta la aurora,
quando en su cristal nevado
dormida hubiera quedado,
pues tu luz correr pudiera
la cortina lisonjera
al sol, siendo sumiller
de uno, y otro rosicler,
deidad de una, y otra esfera.
Bien el concepto español
dixera, viendote ahora.
Ana. Qué? *Ines.* Que en tus ojos, señora,
madrugaba el claro sol:
dixera, al ver tu arrebol,
quien à tu rigor se ofrece,
quien tus desdenes padece;
Don Luis. *Ana.* La lengua detén,
que eres la primera en quien
la alabanza desmerece.
Tu discurso, dando igual,
Ines, el gusto, y enfado,
fue caballo desbocado,
corrió bien, y paró mal.
Ines. No te precies de leal
tanto, porque no ofendió
à quien tu amor mereció
mi voz: qué muger se enfada,
señora, de ser amada?
Ana. Yo sola, Ines, porque yo
temo en pensarlo, que ha sido
ofendido aqui el honor.
Ines. Las ceremonias de amor
ese escrupulo han tenido
en el pecho del marido,
pero en el galan no es justo,
que uno es honor, y otro es gusto;
y no advertir, es error,
lo que hay del gusto al honor.
Ana. Qué argumento tan injusto!
ofender, Ines, no es bien
lo que ha de quererse, y piensa
que quien al gusto hace ofensa,
se le hará al honor tambien;
que si en el alma se ven
gusto, y honor, quien provoca
su ofensa, atrevida, y loca
al alma ofende; y no es justo,
porque el agravio del gusto
tambien al alma le toca.
Yo (bien lo sabes) ya oí
à Don Diego, ya le amé,
eleccion, y fuerza fue;
fuerza, porque me rendí;
y eleccion, porque me ví
con sus prendas estimadas
gustosa; y así, me enfadas,
y es tiranía pensar
que hayan las damas de amar
al gusto de sus criadas.

Salen Doña Maria, y Juana.

Mar. Qué descuidada estarias
de tener, bella Doña Ana,
visita tan de mañana:
déte Dios muy buenos dias.
Ana. Si tu los rayos envias
del dia al amanecer,
es fuerza que hayan de ser
muy buenos: dame los brazos.
Mar. Serán nudos, serán lazos,
à quien no pueda romper

la muerte. *Ana.* Vén al estrado.
Mar. No, bien estamos aqui,
sientate, porque de ti *Toman sillas.*
vengo à fiar un cuidado
tan grande, que me ha dexado
con vida, porque no fuera
gran cuidado el que pudiera
darme à mi la muerte, pues
la pena que mata, es
la pena mas lisonjera.
Ana. Que es el rostro, oí decir,
en el gusto, ò la pasion,
un papel del corazon,
donde se suele escribir
la pena; y si yo arguir
puedo de ti alguna cosa,
sin duda es pena dichosa
la que tu pecho recibe,
pues en tu rostro se escribe
con jazmin, clavel, y rosa.
Mar. Ay amiga, muerta vengo,
y solamente de ti
me atrevo à fiar aqui
un gran disgusto que tengo.
Ana. Ya para oir me prevengo:
prosigue. *Mar.* Conmigo lucha
la verguenza, porque es mucha,
y muchas las ansias mias.
Ana. Bien sabes de quien te fias;
di, no temas. *Mar.* Pues escucha.
Yo, bellisima Doña Ana,
que ya negarte no es bien
secretos, que tantas veces
à mi misma me negué.
Yo, no sé por donde empiece;
pero qué importa? si sé
por donde acabe (ay de mi!)
Yo ví, yo quise, yo amé;
ya no tengo que dudar,
ni tu tienes que saber,
pues en que yo amé se cifran,
por decirlas de una vez,
quantas desdichas pudiera
repetir, y encarecer.
No fue la mayor de todas,
con ser tan grande, el querer,
sino las que se siguieron
à la primera; porque
nunca viene solo un mal,
y así en el mundo se ve,
que del mal que viene solo
se debe dar parabien.
El favor que mereció
de mi un caballero, fue
dar licencia à ojos, y oidos,
para oir, y para ver
lo turbado de la voz,
lo advertido de un papel.
Mirabale, pues, de dia,
de noche le hablaba, pues,
por una reja, à las horas
que mi hermano, amante fiel
de tu hermosura, rondaba
tu calle; que ya lo sé
todo, pues hasta esto debo
agradecerte tambien.
Anoche, estando conmigo,
sentimos, Doña Ana, que
à la reja se acercaba
con lento, y turbado pie
un hombre, causó à los dos
grande novedad, por ser
dentro de casa la reja
donde hablabamos; si bien,
à mi me dió al corazon,
que era un caballero, à quien
(y fue la verdad) habia
muchos años mi desden
desengañado: Don Juan,
en viendole, se fue à él.
Pocas razones se hablaron,
que yo apenas escuché,
quando al acero los dos
de la causa hicieron juez;
mira tu valido este,
mira tu zeloso aquél,
como los dos reñirian:
y bien se dexa entender,

que

que con zelos, y favores
dicen que se riñe bien.
Salieron, pues, à la calle,
donde (ay amiga! no sé
como prosiga) cayó
muerto el uno; echa de ver,
pues que yo quedé con vida,
que el aborrecido fue:
si bien, es fuerza que sienta
el caso por mi, y por él,
que al fin, le costó el quererme
la vida, y no fuera ley
humana, que hasta las aras
le acompañase cruel.
Vino mi hermano à este tiempo,
lo que vió, yo no lo sé;
lo que ha sospechado, sí,
pues aunque se quiso hacer
desentendido, me dió
con acciones à entender
su sentimiento, que agravios
no se disimulan bien:
con esto, apenas el dia
empezaba à amanecer,
quando vine à darte parte
de mi desdicha, y tambien
à fiar de ti mi alma,
mi honor, mi vida, y mi sér:
Lo que tu has de hacer por mi,
lo que de ti quiero, es
que con secreto me guardes
estos papeles, que ven
tus ojos, y este retrato,
que no es bien que en mi poder
esten prendas que descubran
los extremos de mi fe;
quando zeloso mi hermano
dellos pudiera saber
su agravio, porque hablan mucho
una pluma, y un pincel:
Secretario de mi amor
tu pecho, amiga, ha de ser,
archivo tu corazon,
guardame secreto en él,
y no leas por tu vida,
aunque en tu poder esten,
los papeles que te doy,
porque aunque discreto es
su dueño, y una necedad
la da estimacion tal vez
la ocasion en que se dice,
y no es discreto un papel,
sino en manos de su dueño;
que quien desde afuera ve,
como ignorante de amor,
nada le parece bien.

Ana. Bien pudiera, amiga hermosa,
tu pena en la condicion
mas dura hacer impresion,
por tuya, y por amorosa:
mira lo que hará en un pecho
que te quiere, y finalmente,
que ya por tan propia siente
tu desdicha, satisfecho
de que perderá por fiel
la vida, y alma por ti;
mira que quieres de mi,
mira lo que quieres dél:
porque guardarte un retrato,
dos papeles, y un secreto,
son acciones, te prometo,
à que el pecho mas ingrato
no se pudiera negar,
quanto mas, amiga, el mio,
que sin razon, ni alvedrio,
tan obediente ha de estar
à tu gusto; y pues que sabes
que esta es sencilla verdad,
no fio la voluntad
à juramentos mas graves:
y dime, para que yo,
sin temer, ni dudar nada,
de todo quede informada,
qué escandalo se causó
en la calle, y qué se dice
del muerto, y qué hicieron dél?

Mar. Aquel asombro cruel,
aquel estrago infelice

en

en una silla llevaron
à su casa, y solo sé,
que la voz entonces fue
de que acaso le mataron
en la calle; sin que alguno
dixese como, ni quien,
que no se sabe. *Ana.* Está bien,
y ya el fracaso importuno
sucedido, dicha ha sido
no darte la culpa à ti,
y haberse callado así,
que de tu casa ha salido
la pendencia. *Mar.* En este estado
está mi pena hasta hoy;
y porque es tarde, me voy,
que no me dexa el cuidado,
que he traido, sosegar.
Ana Pesame de que haya sido
cuidado el que te ha traido,
y con tanta causa, à honrar
mi casa; solo te pido
en noble satisfaccion
de la amistad, y aficion,
con que siempre te he servido,
me avises de quanto pase,
que ya ves como me dexas.
Mar. Mis lagrimas, y mis quejas
quiso amor que mitigase
à tus umbrales; y así,
à consolarme vendré
de todo à ellos. *Ana.* Ya sé
que me dexas prenda aqui,
que te traerá alguna vez,
porque estando el dueño ausente,
podrá el retrato. *Mar.* Detente,
porque hago al cielo juez,
que aunque le estimo, y le quiero,
y pudiera traerme, ya
tu amor, Doña Ana, será
el que me traiga primero. *Vanse.*
Ana. Ines? *Ines.* Señora? *Ana* Has oido
todo lo que pasa? *Ines.* Sí,
y dudar eso de mi,
pregunta escusada ha sido,
por dos razones. *Ana.* Y son?
Ines. La una, porque sirviendo,
era forzoso que viendo
à mi ama en conversacion,
yo me llegase à escuchar
lo que hablaba, que esta es
ley nuestra, porque despues
tuviese que murmurar.
Ana. Habiando quedo, decia
una dama, que llamaba
su criada (y no mentia),
que lo que mas quedo hablaba,
era lo que mas sentia.
Ines. Es la segunda razon
para haberlo yo sabido,
haber con Juana tenido
à parte conversacion;
y nosotras no tenemos
otra cosa de que hablar,
sino solo de contar
todo aquello que sabemos
de nuestras amas; y así,
por dos partes lo supiera,
pues Juana me lo dixera,
quando no lo oyera aqui.
Ana. Pues ya que todo lo sabes,
no miraremos, Ines,
quien aquel Adonis es,
que causa extremos tan graves
en condicion tan altiva?
Ines. El retrato lo dirá.
Ana. Tén los papeles allá.
Dale unos papeles, y ve el retrato.
Ines. Descubre esa imagen viva,
à quien pincel, y color
dan alma, para que aqui
sepa hablar: mas ay de mi!
Ana. Qué ha sido eso? *Ines.* Mi señor.
Ana. Tén, guarda el retrato luego.
Ines. Cobrate, que te has turbado.
Ana. No estoy en mi, tén cuidado.
Ines. Entre bobos anda el juego:
mas leyendo un papel viene,
no trae rezelo de nada.

Sa-

Sale Don Bernardo leyendo un papel, y Eſpinel criado.

Ana. Parece que no le agrada
lo que la letra contiene.

Bern. lee. *La vida me va el hablaros con ſecreto, y no me importa menos; eſperadme en vueſtra caſa, y procurad eſtar ſolo en ella.* D. Juan de Lara.

Bern. En extraña confuſion
me ha dexado eſte papel:
qué querrá decirme en él
Don Juan? que la prevencion,
y la brevedad declara
gran ſecreto, y gran cuidado:
decidme vos, ſois criado
del ſeñor Don Juan de Lara?
Pero no me reſpondais,
haſta que ſolos eſtemos,
porque temo los extremos
que él eſcribe, y vos moſtrais:
Ana, tu eſtabas aqui?

Ana. Qué acabaſes de leer
eſperé, para ſaber
de tu ſalud, y de ti.

Bern. Yo eſtoy bueno, véte ahora,
porque me importa quedar
ſolo, que tengo que hablar
con eſte hidalgo. *Ines.* Ay ſeñora,
qué haré del retrato? *Ana.* Ines,
eſperar adentro un rato
à mi padre, que el retrato
ya le veremos deſpues. *Vanſ.*

Bern. Decidme ahora, ſoldado,
ſois criado de Don Juan?

Eſp. Mis deſdichas lo dirán.

Bern. Qué es eſto que le ha paſado,
que con tantas prevenciones
me eſcribe? *Eſp.* Yo no lo sé,
porque à eſas horas me hallé
rezando mis devociones:
anoche le ſucedió
allá no sé que deſman.

Bern. Mocedades de Don Juan
ſerian. *Eſp.* Mas pienſo yo
que vejeces. *Bern.* Fue de amor
la cauſa? *Eſp.* Si te confieſo
la verdad, amor fue. *Bern.* Y eſo
no es mocedad? *Eſp.* No, ſeñor,
ſino vejez. *Bern.* Qué pasó?

Eſp. No lo sé, pero yo infiero
que dió muerte à un caballero.

Bern. Qué decís? *Eſp.* Lo que él conto.

Bern. Muerte à un caballero! *Eſp.* Si.

Bern. Y eſta no fue mocedad?

Eſp. Heregia es en verdad
creer eſo. *Bern.* Como así?

Eſp. A Caín traigo por juez,
la fe en la eſcritura advierte,
que no es mocedad dar muerte,
ſino la mayor vejez.

Bern. Qué gracias, ſeñor, tan frias,
dexadlas ya, porque ſon,
para quien habla en razon,
necias las bufonerias;
y decidme, donde queda
Don Juan? *Eſp.* En San Sebaſtian
eſpera un coche Don Juan
de un amigo, donde pueda
venir acá, que no quiſo,
porque no os canſeis, por Dios,
que fueſedes allá vos;
y así, criado de aviſo
vine yo. *Bern.* Pues vamos preſto,
que no quiero que de allí
ſalga, y ſuceda por mi
un diſguſto. *Eſp.* Ya es en eſto
la diligencia eſcuſada,
que Don Juan del coche ſale.

Sale Don Juan.

Juan. Beſoos la mano, ſeñor,
Don Bernardo. *Bern.* Dios os guarde,
ſeñor Don Juan. *Juan.* Novedad
os habrá hecho muy grande
el papel, y la viſita.

Bern. Eſtilo extraño, y lenguage;
pero diſpueſto à ſerviros
con mi hacienda, con mi ſangre,
con mi honor, y con mi vida.

Juan.

Juan. Tomad silla, y escuchadme:
Ya sabeis el amistad *Sientanse.*
que profesais con mi padre,
señor Don Bernardo, y ya
sabeis que es fuerza ampararme,
por él, por vos, y por mi,
en qualquier desdicha, ò trance
que me suceda: por él,
por las grandes amistades
que los dos teneis cursadas
en las escuelas de Marte,
donde à ser buenos amigos
aprenden los que las saben:
por mi, porque hoy en la Corte
no tengo en mi amparo à nadie:
por vos, porque sois quien sois,
y es fuerza que pechos tales
amparen, y favorezcan
à quien humilde se vale
de su favor; y asentado
que habeis, señor, de ayudarme,
por él, por vos, y por mi,
voy con el caso adelante.
Anoche, por no cansaros,
con ocasiones bien grandes,
à las puertas de una dama
principal, ilustre, y grave,
à un caballero, señor,
di la muerte en una calle;
deste suceso no sé
si se ignora, ò si se sabe
el agresor; y así, estoy
en este caso cobarde,
porque hay criados, que fueron
de mi amor participantes:
Si me estoy en mi posada,
es muy posible buscarme,
hallarme en ella, y prenderme:
si pretendo que me guarde
Iglesia, ò Embaxador,
es darme luego por parte,
y culparme yo à mi mismo;
y así, quisiera à una parte,
ni publico, ni secreto,
unos dias retirarme:
con esto, estaré à la mira,
seguro, que no me hallen,
si me buscan; y si no
me buscan, aventurarse
puede poco en esconderme:
que aunque pudiera indicarme
la fuga, no es en la Corte
caso posible, ni facil
à un forastero echar menos:
no tengo de quien fiarme,
sino de vos, ved ahora
donde podré estar; y amparen
vuestros años à un rendido
huesped que de vos se vale;
amigo, criado, y esclavo,
que llega à vuestros umbralas,
que en vuestras manos se pone,
y que à vuestras plantas yace.

Bern. Vos discurristeis tan bien
à riesgos, y hostilidades,
que à mi discurso, Don Juan,
poco, ò nada le dexasteis
que hacer por vos; bien decis,
pues estando en una parte
retirado, podré yo
secretamente informarme
de todo lo que se dice,
ò se imagina, ò se sabe;
y conforme esto, veremos
lo que convenga; y pues tales
discursos no me dexaron
lugar à mi de mostrarme
en esta parte advertido,
liberal en esta parte,
quiero hacer algo por vos;
y así, en tanto que ahora pase
la furia, ha de ser mi casa,
Don Juan, la que os tenga, y guarde:
no teneis que disculparos,
que fuera necio desayre
venir à mi por consejo,
y volveros sin tomarle.

Juan. Dadme mil veces los brazos.

 Bern.

Bern. Solo ahora falta (escuchadme)
que los criados que os vieron
ahora entrar, se desengañen
de que os volveis; y así,
es el desvelo importante:
despedid ese cochero,
demos la vuelta à otra calle,
y entraremos sin que os vean.
Juan. Para todo es bien que halle
favor el que en vos le busca. *Vase.*
Bern. Ya os sigo, salid delante:
Ana? *Sale Doña Ana.*
Ana. Señor? *Bern.* Ese quarto
baxo, que à esta quadra sale,
se aderece, que tenemos
huesped. A Dios. *Ana.* El te guarde.
Sale Ines.
Ines. Se fue señor? *Ana.* Ya se fue.
Ines. Puesto que solas estamos,
este retrato veamos
de aquel Adonis, porque
muero por verle. *Ana.* Y en eso
qué te va? *Ines.* Graciosa estás,
saber una cosa mas,
que contar despues. *Ana.* Confieso,
que es curiosidad que à mi
me ha movido: muestra, pues,
aquese retrato. *Ines.* Este es. *Ruido.*
Ana. Mas mira quien anda alli.
Ines. Ay señora! *Ana* Qué? *In.* D. Diego,
que como à tu padre vió
salir fuera, en casa entró.
Ana. Ahora à mas penas llego,
pues de verme à mi con él,
gran disgusto me prometo,
ò he de romper el secreto:
lance será mas cruel,
si le ve, que si le viera
mi padre. *Ines.* Aun bien que sabemos
la escapatoria. *Ana.* Qué haremos?
Ines. Lo mismo que antes. *Ana* Espera,
que ahora yo le esconderé:
mas ay! *Ines.* Qué fue?
Ana. Cayó al suelo, *Caesele.*
si le alzo, daré rezelo.
Ines. Pondréle yo encima el pie.
Ana. Pue no te apartes de ahí.
Ines. El pisarle no dilato.
Ana. Valgate Dios por retrato!
Sale Don Diego.
Dieg. Luego que à tu padre ví,
Ana hermosa, me atreví
à entrar à verte, y no ha sido
poco, pues me ha sucedido
una desdicha tan fuerte,
que à mi primo han dado muerte:
ya verás si lo he sentido.
Pero como me recibes
tan cruel? qué novedad
divierte tu voluntad?
ò por qué enojada vives?
que en tu rostro hermoso escribes
penas, y enojos; turbada
estás, al color negada
de tus mexillas: qué ha sido?
qué tienes? qué ha sucedido?
Ana. Engañaste, porque nada
me suspende, ni divierte:
qué novedad es en mi
turbarme de verte aqui?
con el riesgo que se advierte,
si mi padre. *Dieg.* De otra suerte,
Doña Ana, me recibias
otras veces, y tenias
el mismo riesgo que ahora:
ò como el alma no ignora.
Ana. Prosigue. *Dieg.* Desdichas mias!
Ana. Qué ves tu de que lo arguyas?
Dieg. La lengua aqui pronunció
desdichas mias, por no
decir. *An.* Qué? *Die.* Mudanzas tuyas;
y para que al fin concluyas
de una vez en darme muerte,
quedate con Dios, y advierte
que en sentimiento tan justo,
para no verte con gusto,
tengo por mejor no verte.
Ana. Así, Don Diego, te vas?

espera. *Dieg.* O me tengo de ir,
Doña Ana, ò me has de decir,
de qué tan turbada estás?
que en tu semblante me das
muestras de gran sentimiento.
Ines. Yo te lo diré, oye atento.
Ana. Qué has de decirle, si aqui
no hay nada? *Ines.* Fia de mi,
que hablarle verdad intento:
está triste mi señora,
y es muy justa su querella.
Dieg. Calla, Ines, el labio sella:
ya que mi vida no ignora
que has tenido causa ahora
de estar triste, di, qué es?
retirate tu allá, Ines,
y dirásme luego à mi
esa ocasion, porque así,
si no conforman despues
los dos dichos, sabré yo
que me tratas con engaño:
para ver un desengaño,
esta industria me enseñó
la justicia. *Ana.* Pues llegó
à ese examen tu cuidado,
retirate aqui à este lado,
y diréte lo que ha sido:
oyes, Ines? *Ines.* Ya he entendido.
Lleva à Don Diego hácia delante, y hace señas à Ines.
Dieg. Qué la dices?
Ana. Yo la he hablado?
porque no pienses de mi
eso, antes digo que quando
contigo esté à parte hablando,
no se quite ella de alli:
clavada has de estar ahí,
Ines. *Ponese Ines sobre el retrato.*
Dieg Pues dime en secreto,
quien ocasionó este efeto
de tu tristeza? *Ana.* Aqui ha sido
un enfado que he tenido
con mi padre, y te prometo,
que porque son niñerias
caseras, he resistido
el que tu lo hayas sabido,
porque fueran boberias
contarte à ti demasias
del que à ser viejo llegó,
si se gastó, ò no gastó,
cosa que, si en casa pasa,
es buena dentro de casa,
mas para contada no.
Aparta à Doña Ana, y llama à Ines.
Dieg. Ya tu has dicho: Ines?
Ines. No puedo
dar paso adelante yo:
mi señora me mandó
que me estuviese à pie quedo,
tengo à sus preceptos miedo;
de aqui no me he de quitar,
como Tudesco he de estar
resistiendo yelo, y fuego;
lleguese el señor Don Diego,
si tiene que preguntar.
Ana. Véte. *Ines.* Quieres tu? *An.* Pues no?
y si sospecha tuviste,
donde Ines estaba (ay triste!)
me quedaré ahora yo:
habla allá. *Dieg.* Quien causó
la tristeza de Doña Ana?
Ines. Qué le diré! esta mañana.
Vuelve Doña Ana al puesto de Ines, quiere coger el retrato, y velo D. Diego.
Ana. O si yo coger pudiera.
el papel, sin que me viera.
Dieg. Aguarda, que no fue vana
mi sospecha; qué papel
es este que está en el suelo?
Ines. Papel? *Dieg.* Sí.
Ana. Valgame el cielo?
qué sospecha tan cruel!
Dieg. Pero si saberlo dél
puedo, por qué à dudar llego?
Ines. Dimos con todo en el fuego.
Ana. Temor, el alma me robas.
Ines. Pareceme que entre bobas
anduvo esta vez el juego.

Dieg. Retrato es, y dice así
el papel en que está envuelto:
Enviandole à su dama,
con un retrato, soneto.
Quando sutil pincel me repetia,
yo en vos, hermoso dueño, imaginaba;
y tanto en vos mi amor me transformaba,
q̃ en vos el alma mas, q̃ en mi vivia.
Y así, quando volver quiso à la mia,
ya en dos mitades dividida estaba,
y ella entre dos semblantes ignoraba
à qual de aquellos dos asistiria.
Así el retrato, à quien el alma muestro
(partiendole mi amante desvario)
por parecerse mio, va à ser vuestro;
Y por ser vuestro, ya parece mio:
porq̃ el pincel le iluminó tan diestro,
que retrató tambien el alvedrio.
El castellano epigrama
es docto, elegante, y cuerdo,
y de conceptos, y voces
florido, elegante, y crespo.
Abrió con llave de plata,
para cerrar el concepto
con llave de oro; advertido,
guardó rigor, y precepto
en retrato, y en papel;
iguales se compitieron
pincel, y pluma; retrata
el pincel gala en el cuerpo,
brio, y perfeccion; la pluma
pinta en el alma el ingenio.
Tomad soneto, y retrato,
y gozeisle, ruego al cielo,
en vida del nuevo amante,
por muchos años, y buenos;
y à Dios, que las quejas fueran
buenas sobre amor, y zelos;
pero sobre agravios no,
y estos son agravios ciertos.
Ana Ha dicho vuesa merced?
pues escuche ahora atento,
diré yo. *Dieg.* Qué has de decir?
Ana. Mis disculpas, con que puedo
satisfacerte. *Dieg.* Podrás
poco, ò mal; y así, no quiero
escuchar satisfacciones,
que me maten. *Ana.* Yo me acuerdo
de que otra vez me dixiste,
Don Diego, en un caso destos,
dame una satisfaccion,
que aunque sepa yo de cierto
que es mentira, la creeré,
engañandome à mi mesmo,
porque te disculpes tu.
Dieg. Es verdad, yo lo confieso;
mas sabes tu lo que va
desde sospechas de zelos
à evidencias? *Ana* Quales son?
Dieg. Turbarte tu, lo primero;
engañarme, lo segundo;
hallar el retrato puesto
à tus pies, que aunque pintado,
te reconoció por dueño.
Ana. Turbarme yo no fue culpa.
Dieg Pues qué pudo ser? *Ana* Respetos
que debes agradecerme;
ponerle à mis pies, trofeo
de tu amor, pues porque entrabas
hice dél tanto desprecio.
Dieg. A todo has de hallar razones:
yo me rindo, y desde luego.
si quieres satisfacerme,
me daré por satisfecho,
à trueco de que me dexes
ir. *Ana* Pues oye, y véte luego.
Dieg. Qué querrás decirme? que este
retrato es de un caballero,
que vino à ver à tu padre,
que se le cayó en el suelo:
querrás decirme que ha sido
un tratado casamiento,
y que tu padre le traxo,
quizá porque es forastero:
querrás decirme que fue
de una amiga, que por miedo
de su padre, ò su marido,

te

te le tráxo à ti en secreto.
Qual destas cosas eliges
por disculpa? dila presto,
que porque me dexes ir,
la que tu escogieres creo:
quieres mas? *Ana.* No quiero mas,
que ya solamente quiero
que te vayas. *Dieg.* Qué me vayas!
Ana. Que te vayas, pues fue cierto
que si te detuve, fue,
por decirte de secreto
la verdad, ya tu la sabes,
una es de las que has propuesto;
y así, ni tu que saber,
ni yo que decirte tengo.
Dieg. Ya que yo he dado las armas,
Doña Ana, contra mi mesmo,
sola una cosa te pido,
y es. *Ana.* No temas, dila presto.
Dieg. Que pues tienes tres disculpas
en que escoger, y yo creo
que es lo mismo una que otra,
que elijas el casamiento,
que es de los tres menor mal.
Ana. Pues no fuera mas mal, siendo
el galan que le perdió?
Dieg. No, porque es claro argumento,
que una muger principal
nunca dixo galan tengo,
y tengo marido sí;
con que son mayores zelos
de marido, quanto va
de ser dudoso à ser cierto;
pues aquesto es sospechoso,
y esotro fuera saberlo.
Ana. Pues ni zelos de marido,
ni de galan son, ni fueron,
que una amiga me le dió.
Dieg. Tomaste el mejor consejo.
Ana. Sí, que es decir la verdad.
Dieg. Pues dime qual es, supuesto
que ya lo sé. *Ana.* Es imposible.
Dieg. Por qué? *An.* Importame el secreto.
Dieg. Importa mas que mi vida?
Ana. Baste decir que no puedo
decirlo. *Dieg.* No es grande amor,
amor que guarda silencio.
Ana. Importan honras, y vidas
los secretos. *Dieg.* Yo lo creo,
mas honras, y vidas saben
aventurarse queriendo.
Ana. Las propias sí. *Dieg.* Y es agena
la mia? *Ana.* No, mas por eso
te desengañé. *Dieg.* No hicieras,
si yo no diera el remedio:
ù dime, quien es la amiga,
ò no lo creeré. *Ana.* No puedo.
Dieg. Muger eres, poco importa
que descubras un secreto;
no aspires, Doña Ana, à ser
el prodigio destos tiempos.
Ana. Quien fue prodigio de amor,
sabrá serlo del silencio.
Dieg. No quiere la que à su amante
no descubre todo el pecho.
Ana. No es noble quien le descubre,
quando va una vida en ello.
Dieg. En fin, no lo has de decir?
Ana. No. *Dieg.* Pues en nada te creo.
Ana. Valgate Dios por retrato,
en qué confusion me has puesto!

JORNADA SEGUNDA.

Salen Don Bernardo, y Doña Ana.

Bern. No lo he podido escusar,
y hospedarle me conviene.
Ana. Un hombre que en casa tiene
una hija por casar,
bien escusarse pudiera
à huesped que es tan galan.
Bern. Tengo al padre de Don Juan
obligaciones, y fuera
el hombre de mas vil trato
del mundo, si lo negára
yo, y en su ausencia faltára
à honras, y deudas ingrato;
acuerdome que le debo

la vida, un traidor cruel
me mata, ſino es por él,
mira ſi en vano me muevo.

Sale Don Juan.

Juan. De mi apoſento ſalí
con animo de llegar
à vueſtros pies à pagar
la merced que recibí,
con razones ſolamente,
que con obras no podré,
y en mirandoos, me turbé:
confieſo que dignamente,
porque al dar ſatisfaccion
de dicha, y merced tan alta,
falta voz à la voz, falta
à la razon la razon;
y ya que gracias no puedo
dar, daré quejas de vos,
ſeñores, pues de los dos
con cauſa ofendido quedo,
pues al temor que me indicia,
huyo perſona, y hacienda,
que la juſticia me prenda;
y entrambos, ſin ſer juſticia,
me prendeis, y no es, ſoſpecho,
ſino verdad lo que veis,
pues hoy los dos me poneis
en obligacion, que el pecho
ſatisfacer no pudiera,
ſi con la vida pagára;
y eſta à pagar no llegára
con mil vidas que tuviera.

Bern. Señor Don Juan, cumplimientos
de ocioſas urbanidades
ofenden las amiſtades
ſencillas, ſin fingimientos.
Eſta es vueſtra caſa, en ella
os ſervirán, no la hagais
priſion, pues tan libre eſtais,
que teneis las llaves della.

Ana No, ſeñor, no digas tal,
dexa que en eſta ocaſion
haga la caſa priſion,
pues le va en ella tan mal;
muy bien ſe lo ha parecido,
razon debe de tener,
pues que priſion viene à ſer
donde eſtá tan mal ſervido.

Juan. Que es priſion, yo lo confieſo
otra vez, y con razon,
donde vive el corazon,
y el entendimiento preſo.

Bern. Bien es que yo entre los dos
ponga paz. *Juan.* Y yo la pido,
que me confieſo rendido:
Eſpinel? *Sale Eſpinel.*

Eſp. Gracias à Dios,
ſeñor, que he llegado à verte
con vida. *Juan.* Qué ha ſucedido?

Eſp. Todo el caſo ſe ha ſabido.

Juan. De qué ſuerte? *Eſp* Deſta ſuerte.
Para coger los caminos,
y ſaber lo que pasó,
de aquella calle prendió
la juſticia à los vecinos.
No faltó quien con verdad
dieſe el punto al deſengaño;
ò bien haya un ermitaño,
que vive ſin vecindad.
Y aqueſta noche paſada
la juſticia nos rondó
la poſada, al fin entró
en ella de mano armada;
preguntó por tu apoſento,
y diciendole que habias
faltado dél muchos dias,
le mandó abrir al momento:
y viendo que era un eſtrago,
la ropa deſenvolvieron
muy corridos, porque dieron,
como dicen, golpe en vago.

Bern. Eſperadme, que yo iré
à informarme con buen modo
en la provincia de todo,
que yo sé que lo ſabré.
Tu no te ſalgas de aqui,
Eſpinel, que fuera error:
preſo como tu ſeñor

has

has de eftar, porque fi alli
hoy te hubieran conocido,
buen defcuido habiamos hecho,
confiando de tu pecho
lo que callar fe ha querido:
efta es la hora que ya
te hubieran dado tormento.
Efp. Tormento à mi ¿ lindo cuento!
Bern. Pues no? *Efp.* El tormento fe da
à hombrecillos de nonada,
porque à mi, aunque me cogieran,
sé bien que no me le dieran.
Bern. Por qué? *Efp.* Es cofa averiguada,
no tienes que preguntarme.
Bern. Eres hidalgo? *Efp.* Sí foy,
mas fin efa caufa hoy
sé yo otra para librarme,
mejor. *Bern.* Qual es? *Efp.* Yo la sé,
y bafte decir que à mi
no me le dieran *Bern.* Así?
efo fabes? *Efp.* Sí. *Bern.* Por qué?
Efp. Pues tanto aprietas, lo digo:
confesára yo al momento,
y no me dieran tormento.
Bern Buen criado, y buen amigo.
Efp. No hay amigo, ni criado,
que en llegandome à doler,
vive Dios, que han de faber
Papa, y Rey quanto ha pafado.
Juan. No hagais cafo defto vos,
que fi en la ocafion fe viera,
diferentemente hiciera.
Efp. No hiciera tal, vive Dios.
Bern. Ahora bien, quedad aqui,
en tanto que mi cuidado
vuelve de todo informado. *Vafe.*
Ana. Mucho me pefa que así
efta pofada os reciba,
y halleis lo primero en ella
tal pefar. *Juan.* Doña Ana bella,
antes fue bien que aqui viva
tan vecino del confuelo,
pues en efta cafa he hallado
à mis defdichas fagrado.
Ana. Guardeos Dios. *Vafe.*
Juan. Guardeos el cielo.
Efp. Pues así la dexas ir?
Juan. Qué he de hacer?
Efp. Qué? detenella,
enamorarla, y con ella
engañar, y divertir
el retiro, y la prifion.
Defconfolado viviera
en ella yo, fi no hubiera
mugeril converfacion:
donde hay muger, no hay pefar.
Juan. Sí, pero no echas de ver
que efta muger no es muger.
Efp. Yo no, fi à confiderar
me pongo fu talle, y cara:
vuelve, y echarás de ver,
que es muger, y muy muger.
Juan. Efpinel, mira, y repara
en que es muger en quien vive
de un grande amigo el honor,
que me ofrece fu favor,
que en fu cafa me recibe,
que fus efpaldas me fia,
que fu hacienda no me niega,
que fus fecretos me entrega,
que fu opinion me confia;
conocerás luego aqui,
que efta muger no es muger,
pues que nunca lo ha de fer,
à lo menos, para mi.
Efp. Aun bien, que en leyes de honor
no llegan à los criados
titulillos tan honrados,
y podrán tener amor
en la cafa del Sofi,
del Perfa, y del Prefte-Juan.
Juan. No podrán. *Efp.* No?
Juan. No podrán,
y por Dios, que fi de ti
que miras en cafa, sé,
una efclava, que te mate.
Efp. Fuera grande difparate;
pero no la miraré,

si es eso quanto procuras,
pues puedo, sin ofenderte,
enamorar. *Juan.* De qué suerte?
dilo. *Esp.* Enamorando à obscuras:
mochuelo seré de amor.
Juan Mi amistad sirva de exemplo,
que esta casa ha de ser templo
de las aras del honor.
Esp. Si ese decoro tuviera
Gonzalo Bustos de Lara
en su prision, quanto errára!
pues Arlaja no le oyera;
no oyendole, no se hallára,
si mejor se considera,
preñada la mora arriera;
no estandolo, no llegára
à parir; y no pariendo
la enamorada morilla,
no naciera Mudarrilla,
y su ilustre sangre entiendo
que por vengar se quedára;
no vengandose tambien,
no hubiera en el mundo quien
à Rui Velazquez matára;
no matandole, viviera
con vida, y alma traidora
aquel bellaco; así ahora
mira tu qué bueno fuera:
atrevete tu tambien,
galantea en lance igual,
que tal vez un grande mal
viene por un grande bien.
Juan. Hoy de la opinion te sales
de todos, no digas tal,
porque un mal fiero, y fatal
es nuncio de muchos males;
y así, no llego à sentir
tan rendido à mi destino
el mal, Espinel, que vino.
Esp. Pues, qual?
Juan. El que ha de venir. *Vanse.*
Sale Don Diego.
Dieg. Amante que ha de volver
con mas sentimiento, y quejas,
à pedir satisfacciones,
para qué se va sin ellas?
Para qué, quien ha de verse
humilde, tiene soberbia?
quien ha de buscar, se esconde?
quien ha de rogar, desprecia?
y al fin, al fin, para qué
quien ha de volver, se ausenta?
Para qué en estos umbrales
juré con lagrimas tiernas
de no volver à pisarlos,
si apenas lo dixe, apenas
lo pronuncié, quando al punto
el juramento quisiera
quebrantar? Y es la verdad,
pues al tiempo que la lengua
dice que no ha de volver
à esta calle, y à estas rejas,
sin saber quien me ha traido,
me vuelvo à mirar en ellas.
Con qué ocasion entraré
à hablarla, porque no vea
en mi tanto rendimiento?
Diré que vengo à dar quejas
de que: Pero no, que amante
que llega à quejarse, muestra
sentimientos. Pues diré
no mas de que vengo à verla?
Sí, que en hombres como yo,
y en mugeres de sus prendas,
la correspondencia es bien
que viva, aunque el gusto muera:
pero es achaque à lo antiguo,
que nadie hay ya que no sepa
las amistades que tienen
en pie las correspondencias.
Mas ella viene, yo quiero
hablarla aqui, sin que entienda
(ocasion me da el retrato)
que siento tanto su ausencia:
corazon, esto se llama
sacar fuerzas de flaqueza.
Retirase à un lado, y sale Doña Ana, è Ines.
Ines. Digo que Don Diego entró
en

en casa. *Ana.* Albricias te diera,
si no fuera poco precio
el alma de tales nuevas:
qué gusto me has hecho, Ines!
Ines Si tu misma lo confiesas,
por qué, di, no le llamaste?
puesto que el quejoso era,
y con razon. *Ana.* Necia estás,
Ines, que la gracia es esa,
que teniendo él la razon,
yo tiranize la queja;
y él sin queja, y con razon,
sin que le llame, se venga.
Dieg. Novedad os habrá hecho *Llega.*
la visita, mas es fuerza
venir ahora à cansaros,
que, à no serlo, no viniera;
y así, os ruego que me oigais.
Ana. Ola, Ines? *Ines.* Señora? *Ana.* Llega
silla à aqueste caballero,
que visitas como estas
de tan grande cumplimiento,
y que al fin se hacen por deuda,
(pagar me tiene la entrada) *ap.*
no se reciben sin ellas:
sentaos, y decid ahora
qué mandais, que si no yerran
ideas, de haberos visto
alguna vez se me acuerda.
Dieg. Sí habeis visto, y no me espanto
que no conozcais las señas,
porque me visteis dichoso,
y ya los favores truecan
las desdichas. *Ana.* De eso mismo
he visto yo una comedia;
pero en efecto, señor,
qué buena venida es esta?
Dieg. Un recado, que os traía
de un caballero, quisiera
que me oigais.
Ana. Pues ya os escucho,
proseguid. *Dieg.* Estadme atenta.
Ana. Decid. *Dieg.* Don Diego de Silva.
Ana. Tened un poco la lengua:
quien es ese caballero?
Dieg. No os puedo yo dar respuesta,
que no sé quien es; si vos
me preguntarais quien era,
yo lo dixera. *Ana.* Está bien;
Don Diego, ya se me acuerda,
y qué dice el tal Don Diego?
Dieg. Dice, señora, que besa
vuestras manos: vive Dios, *ap.*
que estoy mudo.
Ana. Yo estoy muerta, *ap.*
pero beberá el veneno
de quien visita por fuerza.
Dieg. Y que viendo que el amor
con alas de fuego vuela
tan veloz, que dexa atras
al tiempo; y esto se prueba
por muchos años de afecto,
de amor, y correspondencia,
aun este instante de tiempo
quiere el cielo que se pierda,
olvidado de su agravio,
dexando aparte las quejas,
(miente la voz, si lo dice; *ap.*
miente el alma si lo piensa)
este retrato os envia,
este soneto os entrega,
lamina, y papel que amor
obró con tal sutileza,
que excedió el ingenio, y arte;
porque no es razon que tenga
prendas él de vuestro gusto
en depositos de ausencia;
y dice mas, que os lo envia
para testimonio, y prueba
de que ya no sentirá
que vuestras manos le tengan;
que el tiempo que dilató
remitir la tal presea,
fue, porque entonces temia
que le diera alguna pena
saber que en vuestro poder
estuviese, mas hoy llega
à tan grande desengaño,

viendo la mudanza vueſtra,
que él os le da, y yo le traigo;
porque muger que así dexa
acreditada ſu culpa
en manos de la ſoſpecha,
que no da ſatisfacciones
à juſtificadas quejas,
que eſtima el honor en poco,
que no teme ſus ofenſas,
que hace de la preſuncion
determinada evidencia,
y que no buſca culpada
à quien con rigor ſe auſenta,
ni quiere bien, ni ha querido;
y así, la olvida, y la dexa,
porque muger ſin amor
qué ſe pierde en que ſe pierda?

Levantaſe Don Diego.

Ana. Eſo miſmo, ſin quitar,
y ſin poner una letra,
lo dixo en cierto romance
Bras à ſu querida Menga.
Mas Don Diego, ya que es tiempo
que hablemos todos de veras,
volved à tomar la ſilla,
y quando por mi no ſea,
à quien el recado trae,
toca llevar la reſpueſta.
Yo ſoy quien ſoy, vos teneis
de mi muy baſtantes mueſtras,
pues ſabeis un favor mio
quantos deſvelos os cueſta:
peſame que en tanto tiempo
de amor, y correſpondencia,
como vos decis, no hayais
conocido por las ſeñas
mi condicion, tan altiva,
que en ſus preſunciones llega
à competir rayo à rayo
con el ſol, y las eſtrellas,
à quien en numero, y luces
han vencido mis finezas:
y ya que tan al principio
eſtá la voluntad nueſtra,
en eſta parte no mas
volveré à informaros della.
Yo os dixe que eſe retrato
me dió una amiga, y que es fuerza
callar el nombre, no hice
en eſto mas diligencias,
para que vos lo creyeſeis,
porque la verdad ſe prueba,
ſin mas teſtigos de abono,
que con ſer la verdad meſma.
Dadme que hubiera mentido
en la diſculpa primera,
que yo os hubiera buſcado,
y con extremos hubiera
acreditado el engaño;
que como mentira fuera,
la miſma deſconfianza
no me dexára tan quieta,
haſta que la hubieſeis vos
creído, y es verdad tan cierta,
que tenemos las mugeres
tanto guſto de que crean
nueſtras mentiras los hombres,
que ſolamente por eſta
ocaſion hubiera hecho
yo mayores diligencias.
La verdad es la que os dixe,
ſi vos no quereis creerla,
parte es tambien de verdad
el haber dudado della,
porque ſi fuera mentira,
con mas ventura naciera;
mas como no las uſamos,
no me eſpanto que os parezca
impoſible en mi el decirlas,
como en vos el conocerlas.

Dieg. Decidme quien es la amiga,
y os creeré. *Ana.* Sí lo dixera,
ſi os importára el ſaberlo,
mas quien viere aqui, que es fuerza
que me olvide quien no ſiente
que yo eſte retrato tenga,
para qué ha de ſaber nada?

Dieg. Por eſa razon, por eſa

me-

merezco mas la disculpa.
Ana. No entiendo como ser pueda.
Dieg. Amante que dice agravios,
zeloso que dice quejas,
olvidado que baldona,
aborrecido que afrenta,
desesperado que injuria,
y triste que desespera;
ese siente, ese se abrasa,
ese estima, ese desea,
ese obliga, ese pretende,
ese se rinde, ese ruega,
porque à la lengua los zelos
les dieron esta licencia.
Ana. Cobardes deben de ser,
pues se valen de la lengua:
mas dama que satisface,
y ofendida, no se queja;
agraviada, no se enoja;
baldonada, no se venga;
despreciada, no aborrece;
aborrecida, no dexa;
esa perdona, esa admite,
esa disimula, ò zela,
esa adora, y esa estima,
esa quiere, y esa precia;
que es vil muger la que à un hombre
descubiertamente ruega:
porque tiene la muger
tan altiva preeminencia,
que han de buscarla quejosos,
y entonces con mas finezas,
y aun plegue à Dios que nos hallen
de la suerte que nos dexan.
Dieg. Y si volviera à buscaros
al instante la fineza
de un amante, de qué suerte
os hallára? *Ana.* Con mil quejas
de que de mi se creyesen
tan declaradas baxezas.
Dieg. Quien quiere, teme.
Ana. Es verdad,
y es bien que quien quiere, tema
perder el bien, pero no
mudanzas tan manifiestas.
Dieg. Pudiera desenojaros,
quando rendido volviera?
Ana. No volverá quien me dixo.
Dieg. No lo digas, cierra, cierra
los labios: mas si volviese?
Ana. No sé entonces lo que hiciera.
Dieg. Dierasle una blanca mano,
para que jurase en ella,
con homenage de amor,
de no hacerte mas ofensa?
Ana. Para que jurase sí.
Dieg. Qué mano le dieras? *Ana* Esta.
Dieg. Qué dicha! *Toma la mano.*
Ines. Gracias à Dios,
que llegamos à la venta.
Dieg. Y el retrato? *Ana.* Ténle tu,
hasta que al dueño le vuelva.
Dieg. Eso no, porque llevarle,
fuera durar la sospecha
en mi, quedate con él,
y à Dios, que temo que venga
tu padre. *Ana.* Guardete el cielo,
como mi vida desea.
Dieg. Podré fiarlo à sus ruegos?
Ana. Sí, que entonces fuera eterna.
Dieg. Y aun será para adorarte
poco tiempo, aunque lo sea.
A Dios: ò qué dulces paces! *Vase.*
Ana. A Dios: ò qué dulces guerras!
Ines. Gracias à Dios, que ya estamos
en paz; y gracias à Dios,
llegó el tiempo en que las dos
ese retrato veamos.
Descubre este encanto, esta
sombra, sepamos quien fue
quien, sin qué, ni para qué,
tantos disgustos nos cuesta.
Ana. Bien dices: ay Dios!
Ines. Qué ves? *Mirando el retrato.*
Ana. Como decirlo dilato?
Ines, dime, este retrato
de nuestro huesped no es?
Ines. Si, señora, y el estar por

por una muerte escondido
conviene con haber sido
el que en aqueste lugar
nos contó Doña Maria.
Ana. Si esto acaso se escuchára
en una farsa, faltára
quien dixese que no habia
sido posible causar
tantas cosas un sugeto?
que estoy rendida, prometo,
à un pesar, y otro pesar.
Ines, qué tengo de hacer,
viendome en esta ocasion
en tan grande confusion,
sin elegir, sin saber
qué camino es el que siga,
que seguro puerto halle?
pues es forzoso que calle,
lo que es forzoso que diga.
Si callo à Don Diego yo
que está en mi casa escondido
un hombre, que retraído
vive en ella, como no
se ha de ofender con razon,
quando lo llegue à saber,
de que yo pude tener
alma, vida, y corazon
para guardar un secreto,
quando en pecho enamorado
no hay secreto reservado?
Si con diferente efecto
se lo digo, quien podrá
satisfacerle de mi,
sabiendo que un hombre aquí
à todas horas está;
y mas si adelante pasa
el temor, y llega à ver
el retrato en mi poder,
y el caballero en mi casa?
Callar aqui, no es amar,
y ese yerro vendrá à ser
el primero que muger
hayá hecho por callar.
Hablar aqui (triste quedo!
es advertirle, y no es justo,
porque es de mi padre gusto,
que yo remediar no puedo.
Despertar estos desvelos,
es hacer de noche, y dia
una continua porfia
de agravios, penas, y zelos:
Hablar, y callar temí;
y hablar, y callar deseo:
conmigo misma peleo,
defiendame Dios de mi.
Ines Pues, señora, el desengaño
viva donde hay voluntad,
la verdad siempre es verdad,
y el engaño siempre engaño.
Ana. Que la verdad es verdad,
confieso, pero tambien
con la verdad yerra quien
castiga la voluntad.
Ines. Calla, que viene el señor
huesped de espadilla alli.
Ana. Por qué le llamas así?
Ines Porque es huesped matador.
Salen Don Juan, y Espinel.
Juan. Un cuidado os vengo à dar.
Ana. No será el primer cuidado
que vos, Don Juan, me habeis dado.
Juan. Pesaráme de llegar
à ser tan necio, que fuese
causa yo, porque no es justo
dar cuidado, ni disgusto
en esta casa. *Ana.* No os pese
de eso à vos, porque no ha habido
causa para haberos dado
este cuidado cuidado,
aunque para mi lo ha sido:
y qué mandais en efecto?
Juan. Solo os quisiera pedir,
porque me importa salir
aquesta noche en secreto
à ver una hermosa dama,
(perdonad, que la licencia
ha dado en vuestra presencia
la disculpa de quien ama)
que

que vos se la deis à Ines
de abrir la puerta. *Ana.* Tan grave
cuidado es ese? la llave
da al señor Don Juan despues,
para que pueda salir;
que yo sé en fineza tal,
no de buen original,
como se suele decir;
empero de buen retrato,
que hareis en verla muy bien,
porque sé que os quiere bien,
y hareis mal en ser ingrato:
y al fin, hoy quereis salir?
Juan. Al punto que espire el dia.
Ana. Solo vos, ò en compañia?
Juan. Espinel conmigo ha de ir,
porque, delante de mi,
si acaso acierto encontrar
la ronda, pueda escapar.
Esp. Mientras me prenden à mi?
muy buena piedad, por Dios.
Juan Y tambien quiero llevalle,
porque se quede en la calle,
mientras hablamos los dos.
Esp. Yo en la calle? quien te ha dicho
que soy valiente? detente,
que tenerme por valiente,
es un galante capricho.
Juan. Qué valentia es estar,
para avisar si alguien viene?
Esp. Pues vamos, que ya previene
una industria singular
mi ingenio; no solo quiero
avisarte diligente,
mas de un esquadron de gente
guardar aquel barrio entero:
Un alma no ha de pasar
por la calle, no, señor,
ni otras diez al rededor,
que yo las quiero guardar
con mi capa, y con mi espada
no mas, venza à la fortuna
la industria; y hoy para una,
que yo tengo fabricada,
convido à vuesas mercedes;
hombre no me pasará,
porque yo haré: pero allá,
dixo Agraxes, lo veredes. *Ruido dent.*
Juan. La puerta abrieron, por Dios.
Ana. Es verdad, y pasos siento.
Juan. Espinel, à este aposento
nos retiremos los dos. *Vanse.*
Ines. Doña Maria es. *Ana.* Leal
vendrá este instante, este rato
à solo ver un retrato,
donde está el original.
Ines Y piensas decir que aqui
está Don Juan? *Ana.* Para qué?
en decirselo no sé
si acierto, en callarlo sí,
porque si su gusto es
que ella sepa donde está,
puesto que ha de verla allá,
podrá decirlo despues.
Ines. Y le has de callar tambien
de su retrato el suceso?
Ana Para qué ha de saber eso?
Ines. Parecióme à mi, que quien
te fió su amor aqui,
saber el tuyo podia.
Ana. Siempre fue doctrina mia,
que nadie tenga de mi
que callar; con que así yo,
que à saber secretos vengo
de todas, que callar tengo;
mas ellas de mi, eso no.
Salen Doña Maria, y Juana.
Mar. Las visitas de amigas
dan mas gusto, y contento,
sin mayor cumplimiento.
Ana. Mas en eso me obligas,
porque las amistades
han de ser sin urbanas vanidades:
como estás? *Mar.* Estoy buena,
y siempre à tu servicio.
Ana. Tu hermosura da indicio
de que acabó la pena:
como va? qué hay de nuevo?

Mar. Apenas à contartelo me atrevo:
dos amantes tenia
à un tiempo juntamente,
y uno muerto, otro auſente,
los dos perdí en un dia.
Ana. En noſotras es cierto
q̃ el auſente contamos por el muerto.
Mar. No, porque de mi olvido
ſe queje el del retrato,
mas porque tan ingrato
conmigo ha procedido,
que à mi tambien ſe eſconde,
ſin aviſarme quando, como, ù donde.
Ana. El quizá lo deſea;
alentarte procura,
podrá ſer, por ventura,
que aqui te eſcuche, y vea
el miſmo del retrato.
Mar. Sin él me iré, por no mirarle ingrato.
Ana. Qué nada dél ſupiſte?
Mar. No, amiga, ni aun noticia del criado,
que aqui ſe habia quedado,
con quien la auſencia triſte
à ratos divertia,
ya tampoco sé dél. *Ana.* Qué tirania!
Mar. Buſquéle, pero en vano:
eſto hay en eſta parte,
de que pueda aviſarte.
Ana. Y dime, de tu hermano
como eſtan los rezelos?
Mar. Muy malos. *Ana.* Como así?
Mar. Matame à zelos:
Si ſupiera que habia
llegado aqui, no hubiera
quien en caſa cupiera.
Ana. Pues él de mi podia
tener ſoſpecha alguna?
Mar. Como à eſo me ha traido mi fortuna:
de ti no ſoſpechára
coſa que indigna fuera,
pero de mi tuviera
queja evidente, y clara,
ſabiendo que he ſalido
à la calle mayor, y aqui he venido.
Ana. Pues no eſtás muy ſegura
aqui de que te vea, y tendrá queja.
Ines. Aunque es coſa muy vieja
decir, quando la voz ocaſion toma,
eſto del ruin de Roma,
y el lobo en la corneja,
tu hermano en caſa ha entrado.
Mar. Eſcondame eſte quarto.
Ana. Eſtá cerrado,
no entres en él.
Mar. Abierto eſtá. *Ana.* Detente.
Mar. Pues ſaleſme al encuentro?
Ana. Sí, porque es entrar dentro
mayor inconveniente,
que verte aqui tu hermano.
Mar. Mayor inconveniente?
Ana. Sí, y es llano.
Mar. Poco de mi confias.
Ana. Es mucho lo que guardo.
Mar. Ya en eſconderme tardo.
Ana. Pues en corto venias,
cubrete con el manto,
que no ha de conocerte.
Mar. Ay cielo ſanto!

Tapanſe Doña Maria y Juana, retiranſe y ſale Don Luis.

Ana Señor Don Luis, qué es eſto?
Luis. Es la ocaſion en que un rigor me ha pueſto:
no dudo yo, ſeñora
Doña Ana, que tengais eſta locura
à atrevimiento ahora;
pero mi amor examinar procura
ſi à la oſadia ſigue la ventura.
Si me he atrevido à veros,
ſin temer enojaros, y que airada
me hableis, fue, por ſaber que en ofenderos
poco aventuro, ò nada,
pues q̃ ſiempre conmigo os ví enojada.
An. Señor D. Luis, ya vueſtro eſtilo paſa
de

de galan à grosero: con qué intento
entrais en esta casa,
donde aun veloz el viento
rezela introducir un pensamiento?
qué dirá esta señora
amiga, que ha venido à visitarme,
viendoos entrar tan atrevido ahora
en mi casa?

Luis. Que quise aventurarme
à morir; ya esa dama recatada
sabrá lo que es amor.

Mar. Estoy turbada.

Sale Don Diego.

Die. Seguí à Don Luis, zeloso de miralle
estar en esta calle,
y à tanto el temor pasa,
q̃ despues le ví entrar dentro de casa:
y así, desesperado,
sin reparar en nada, aqui he llegado.

Ines. Don Diego. *Ana.* Ay triste!

Mar. La ventura mia
le traxo.

Dieg. Aunque no ha sido cortesia
introducirse, quando
dos en conversacion estan hablando,
esta vez fuera necio, si no fuera
descortes. *Ana.* Muerta estoy.

Dieg Y de manera
mi poco ingenio precio,
q̃ he de ser descortes por no ser necio:
vaya, pues, adelante
la platica, mi vista no la espante.

Luis. Señor Don Diego, q̃ llegueis ahora
(de colera estoy loco)
à la conversacion importa poco,
pues lo publico della no se ignora:
mas que llegueis, pensando
que haceis disgusto en el llegar.

Ana. Temblando
estoy. *Luis.* Importa mucho;
y así. *Mar.* Cielos, qué escucho!

Luis. A quien imaginare
q̃ à mi me hace pesar, quando llegare
à ver el sol, en solo un pensamiento,
un atomo, un intento,
una imaginacion, sabré.

Dieg. Salgamos
de aqui, porque no estamos
bien entre damas para responderos.

Luis. Calle la lengua, y hablen los
aceros.

Ana. Há Don Diego? há señor?

Luis Venios conmigo. *Vase.*

Dieg. Guiad vos, donde ya os sigo.

Ana No seguirás, detente.

Dieg Suelta, ò harás que alguna ac-
cion intente
contra tanto respeto;
suelta, Doña Ana.

Ana. Ya ningun efeto
que ha de ofenderme espero,
como tu no le sigas.

Mar. Si es que acaso te obligas *Llega.*
de ruegos de muger, por caballero,
por noble, y por amante,
detenga tu furor el ver delante
una muger. *Dieg.* Solicitais en vano
tenerme todas ya.

Mar. Ved que es mi hermano.

Ines. Pues nada le detiene, *ap.*
eso le detendrá: mi señor viene.

Ana Ya no puedes salir sin riesgo mio.

Dieg Pues en este aposento me desvio,
hasta que salir pueda,
y la ocasion el cielo me conceda
de vengar mis agravios, y mis zelos.

Ana. Aun mayor confusion es esta,
cielos:
no entres aqui, detente, espera,
aguarda.

Dieg Todo te aflige, todo te acobarda:
temores te concedo,
si me voy, si me escondo, y si me
quedo:
si me voy, te parece
que à la muerte mi colera me ofrece:
si me estoy, que me encuentra
tu padre, que ya entra:
si

si me escondo, tambien: qué ha de ser esto,
quando en tres confusiones estoy puesto?
Ines. Bien puedes sosegarte,
que yo, por detenerte, y reportarte,
y porque no salieses, he fingido,
que mi señor venia; pero ha sido
engaño. *Ana.* Bien has hecho,
Ines, que el alma le volviste al pecho:
ya para ir tras Don Luis, señor, es tarde;
sosiega.
Dieg. Con indicios de cobarde,
como un hombre pudiera
sosegar, si otra causa no tuviera
que aqui le detuviese?
Yo he de saber, aunque al honor le pese,
qué inconveniente habia
de entrar à este aposento, si quien temia
que tu padre le hallase?
Ana. Qué à tal extremo mi desdicha pase!
Dieg. Porque el pecho turbado,
torpe la lengua, el corazon elado,
el labio temeroso,
suspensa el alma, el animo dudoso,
no sé si es mayor daño
seguir mi muerte, ò ver el desengaño
desta sospecha vil: valedme, cielos,
porque mi agravio aflige mas mis zelos;
y así, de dudas lleno,
Tantalo de veneno,
teniendo, à mi despecho,
al cuello un lazo, y un puñal al pecho,
ignoro en mal tan fuerte,
habiendo de morir, qual es mi muerte.
Ana. Don Diego; si me estimas,
si à obligarme te anímas,
cree de mi, que te adoro,
que siento tu dolor, tu pena lloro,
que agradarte pretendo,
q̃ no puedo agraviarte, ni te ofendo;
y no quieras saber, por qué he tenido
reservado ese quarto, pues no ha sido
ofensa tuya. *Dieg.* Dasme mas rezelo
con tantas prevenciones, vive el cielo,
q̃ he de saber quien el retrete esconde.
Mar. A mi gusto su enojo corresponde,
porque saber deseo
qué encanto es el que aqui.
Ana. Mi muerte veo:
mi bien, señor, Don Diego, mira.
Dieg. Todo soy rabia, y todo fuego.
Ana. Que me pierdo, y te pierdes de ese modo.
Dieg. Donde me pierdo yo, pierdase todo,
q̃ he de entrar à apurar en dudas tales
mis penas, mis desdichas, y mis males,
publicando mi voz en tanto dolo,
q̃ con bien vengas, mal, si vienes solo.

JORNADA TERCERA.

Sale Don Juan embozado, y Don Diego las espadas desnudas, y tras ellos Doña Maria tapada, y Doña Ana, y las criadas.

Dieg. No os encubrais, caballero,
que es en vano, vive Dios,
porque à riesgo de mi vida,
tengo de saber quien sois.
Juan. En vano lo solicíta
osado vuestro valor,
porque de mi vida al riesgo,
tengo de callarlo yo.
Mar. Llega presto. *Ana.* Caballeros,
tened las armas, por Dios,
mirad que está de por medio
poniendo paces mi honor:

así

asi atropellais mi fama?
así mi reputacion?
así à una ilustre muger
quereis destruir los dos?
por lo que puede acabar
mansamente la razon,
sin perder nadie, quereis
que todo lo pierda yo?
Don Diego, escucha, si pueden
las alas del corazon
enviar desalentadas
algun socorro à la voz:
Y vos, ilustre Don Juan,
generoso huesped, vos
no tengais à liviandad
dar esta satisfaccion
à quien aun no es mi marido:
y pues noble, y cuerdo sois,
ya habreis visto que esto es,
no sé si lo diga, amor:
amor tan sin esperanza,
que es verdad que no llegó
à tener de los deseos
zelos siquiera el honor;
mas quando se ve culpada
una muger, como yo,
siendo un atomo de ofensa
sombra de una presuncion,
todo lo ha de aventurar,
que para aquesto nació
la que es principal muger,
con honra, y obligacion,
para tener que perder,
quando llegue la ocasion.
Defendiendo yo esta puerta,
y estando encerrado vos
dentro del quarto, mirad,
mirad si tendrá razon
de tener de mi Don Diego,
no rezelo, ni temor,
sino evidencia, y certeza
de que he afrentado à quien soy.
Volved por mi, pues vos fuisteis
la causa, esta obligacion
tiene à qualquiera muger
el hombre mas inferior,
quanto mas el caballero,
que parece que nació
(es verdad, no lo parece)
para defensa, y favor,
para amparo, para guarda,
para columna, y blason
del honor de una muger;
y esto le importa à mi honor.

Juan. En dudas tan imposibles *ap.*
quien en el mundo se vió,
cercado de tantos males,
viendo en mi, quando llegó
el primero, los que habian
de seguirle, porque son
eslabones unos de otros?
qué duda! qué confusion!
Si me descubro, es el riesgo
de mi ausencia, ò mi prision
evidente; si porfio
en encubrirme, es error,
pues la opinion desta dama
padece sin ocasion;
pues si lo callo, él de amante,
desesperado, y feroz,
ha de querer conocerme,
y es el peligro mayor.

Ana. Señor Don Juan, qué dudais?
hablad, que si vos quien sois
no decis, pues yo lo sé,
habré de decirlo yo.

Juan. De dos daños ya rendido
aqui, siendo este el menor,
me descubro. *Descubrese.*

Dieg. Ay Dios, qué veo!

Mar. Qué miro, valgame Dios!

Dieg Donde busco desengaños,
desdichas hallando voy.

Mar. Aquel no es Don Juan?

Juana. Señora,
puede eso dudarse? *Mar.* No;
encubierto en esta casa
Don Juan, y me lo negó

Doña Ana, viendo el retrato?
Dieg. Qué es esto que viendo estoy?
este el dueño es del retrato
que ví, qué agravio mayor!
El escondido en su casa,
el retrato en ella, y yo
dispuesto à esperar disculpas?
puede haberlas? plegue à Dios.
Juan. Caballero, pues que os hable,
importa una prevencion.
Dieg. Decid. *Juan.* Si vos me pidieseis
aquesta satisfaccion,
no os la diera, que no saben
caballeros, como yo,
dar satisfaccion à quien
tiene con tanto valor
la espada en la mano, y es
bien el prevenir que vos
no me la pedis, por eso *Envaynan.*
(guardad la espada) os la doy.
Yo soy desta casa huesped,
en ella escondido estoy
por una desgracia, huyendo
à la fortuna el rigor,
porque el deudo, ò la amistad
de Don Bernardo llegó,
yo à fiar mi vida dél,
y él de mi ausencia su honor:
no le ofendiera por esto
mi amistad; no, vive Dios,
si me quitase la vida
con mis propias manos yo:
Esto es verdad, y pensad,
sí, Don Diego, que hombre soy
que la trata; y si tuviera
sola una imaginacion
ocupada en su belleza,
(quando discurra mi amor,
en esta parte atrevido,
fuera de mi obligacion)
lo dixera, porque tengo
por hombre de poco honor,
de abatidos pensamientos,
de baxa reputacion,
à quien disimula dama,
que sola una vez miró
un deseo, qué es deseo?
una pasion, qué es pasion?
un cuidado, qué es cuidado?
una sombra, una aprehension,
un atomo, un pensamiento
de otro gusto, y de otro amor,
quanto mas un desengaño,
como el que os he dado à vos.
Juana. Qué te parece, señora,
la disculpa? *Mar.* Qué sé yo,
de todo tiene, volvamos
à callar, y à oir las dos.
Dieg. Señor Don Juan, yo no dudo
una verdad, pues en vos,
en vuestro estilo, y persona
se descubre bien quien sois;
pero un hombre enamorado
de todo tiene temor,
todo le asombra, y espanta;
y zelos dicen que son
anteojos de aumento, que hacen
qualquiera cosa mayor.
No os pese de que los tenga
en esta parte de vos,
pues bien puede una persona
dar zelos al mismo amor.
En quanto à mi, yo confieso
que ya satisfecho estoy,
en quanto à mi amor, no puedo,
que es mas descortes que yo:
y así, el amor es quien pide
otra disculpa mayor.
Decidme, vuestro retrato
qué delito cometió,
que se vino à retirar
à aquesta casa con vos?
Juan. Qué retrato? *Dieg.* Uno que tiene
Doña Ana vuestro. *Juan.* Eso no,
porque yo no se le he dado.
Ana. Una amiga me le dió,
que yo no digo quien es,
porque de mi se fió,

pues si ella quiere decirlo,
puede tan bien como yo.
Dieg. Para que me satisfaga,
Don Juan, muchas cosas son,
y mientras yo no os conozca,
fuera necedad, y error
fiarme de vos, decidme
abiertamente quien sois,
y os creeré, y vos me tendreis
para mandarme desde hoy,
que hallareis en mi un amigo
de alguna satisfaccion.
Juan. Hombre enamorado tiene
disculpa en qualquiera accion;
y así, lo que os digo ahora,
tampoco os lo digo à vos,
sino à vuestro amor, teniendo
lastima de su pasion;
mi nombre es Don Juan de Lara,
caballero Andaluz soy,
di la muerte à un caballero,
porque ocasiones me dió,
llamabase Don Fadrique
de Silva. *Dieg* Valgame Dios!
Juan. Pues qué os suspende? qué os turba,
y niega al rostro el color?
Dieg. Ninguna cosa: ya tengo,
cielos, otra confusion; *ap.*
Don Fadrique era mi primo,
y mi amigo; el matador
está en mi mano, fiado
su secreto à mi valor:
no hay aqui ya mas remedio,
alma, vida, y corazon,
que callar, porque si aqui
por entendido me doy,
me toca satisfacerme;
y no sabiendolo, no.
Señor Don Juan, satisfecho
de vuestra verdad estoy,
por ser hijo de ese aliento,
por ser rayo de ese sol;
y así, de vos no me quejo,
porque de quien debo yo
quejarme, me quejaré
à su tiempo: guardeos Dios.
Juan. Tampoco eso me está bien,
porque puesto en daros yo
satisfaccion, por lo propio
que aqui le toca al honor
de Doña Ana, vos no habeis
de dexar la obligacion
que teneis, pues corre ya
por mi cuenta, y la razon
es esta, escuchadme ahora:
ò me habeis creido, ò no;
si me habeis creido, hareis
mal en durar al dolor,
pues cesa la pesadumbre,
donde la causa cesó;
si es que no me habeis creido,
clara mi ofensa se vió,
pues teneis por sospechosa
mi verdad. *Dieg.* Es gran rigor
querer tasar de mi pecho
los sentimientos, señor:
si no os hubiera creido,
de aqui no me fuera yo,
ni os dexára: no querais
saber mas desta ocasion,
para saber que os creí,
sino que os dexo, y me voy.
Juan. Y quando en tanta sospecha
tuviereis algun rencor,
y escrupulo en vuestro pecho,
aqui me hallaréis, y yo
os daré donde querais
qualquiera satisfaccion.
Dieg. Si la hubiere menester,
la pedirá mi valor;
que la que yo he de tomar
en algun tiempo de vos,
en otra parte ha de ser.
Juan. A todo dispuesto estoy,
y aqui me hallareis, repito.
Dieg. Pues aqui os buscaré: à Dios. *Vase.*
Ana. Tenle, Ines, porque de casa
no ha de salir, sin que yo
le

le desenoje: há Don Diego?
mi bien? esposo? señor?
Vanse los dos, y sale Espinel.
Esp. En qué ha parado este caso?
que yo, porque no me viesen,
y por mi te conociesen,
me retiré paso à paso,
con lindo compas de pies,
adonde he estado escondido.
Juan. Eres tu muy prevenido
en tales casos. *Esp.* Di, pues,
qué hubo? *Juan.* Dudas, y questiones
retoricas, y molestas,
mil demandas, y respuestas,
quejas, y satisfacciones;
y en efecto se acabó
mejor que yo habia pensado.
Llega Doña Maria, y descubrese.
Mar. No, Don Juan, muy acabado,
porque ahora falto yo,
que aqui dudé el descubrirme,
hasta ahora, por no echar
à perder en tal lugar,
mas ofendida, ò mas firme,
la satisfaccion que vos
disteis à aquel necio amante,
pues estando yo delante,
y padeciendo los dos
una fortuna de zelos,
si à mi ofendida me viera,
él no se satisfaciera
tampoco de sus rezelos;
y así, estuve retirada,
porque es peligrosa mengua,
que haya mugeres con lengua,
donde hay hombres con espada.
Esp. Valgame Dios, es tramoya?
Juan. Hermosa Doña Maria,
luciente blason del dia.
Mar. Tente, tente. *Esp.* Aqui fue Troya.
Juan. Pues por qué desden tan fiero?
ha de cobrar la hermosura
pensiones de mi ventura?
Mar. Ingrato, mal caballero,
descortes, villano, es bien
que despues de aventurar
mi opinion, os venga à hallar
donde mis ojos os ven?
Es bien, quando tanta pena
mi vida, y mi suerte pasa,
vos me perdais en mi casa,
y yo os halle en el agena?
Es bien, desagradecido,
que en un peligro tan cierto
ande mi honor descubierto,
y vos esteis escondido?
Pues para saber adonde
estabais, fue menester
que otro viniese à romper
esta prision que os esconde;
pero yo tuve la culpa,
pues vuestro retrato di
à la que me ofende así.
Juan. Mi ignorancia me disculpa;
supe yo que erades vos
su amiga? No: y por pensar
que era imposible llegar
à vernos aqui los dos,
no lo dixe. *Mar.* Y ya sabido
que era su amiga, por qué
ella me calló? *Juan.* No sé.
Mar. Qué aqui estabais escondido!
estadlo, pues. *Juan.* No ha de ser,
quedando con tal cuidado.
Sale Doña Ana.
Ana. Fuese Don Diego enojado,
no le pude detener;
mas qué es esto? *Juan.* Es un rigor
de dos luceros crueles:
troquemos los dos papeles
en esta farsa de amor,
y di tu como pedia
que me mandases abrir
hoy la puerta, para ir
à ver à Doña Maria.
Mar. No, Don Juan, no he menester
satisfaccion tan liviana
yo, porque antes à Doña Ana

la tengo que agradecer,
que no culpar, pues su trato
conmigo es tan liberal,
que me da un original
en reditos de un retrato.
Y es alcaydesa muy bella
la que os tiene por confianza
en prision, y sin fianza
no os dexará salir della.
Y pues la puerta guardó,
porque no entrase tambien,
no querrá que salgais, quien
no quiso que entrase yo.
Ana Escucha ahora à los dos
satisfaccion. *Mar.* No ha de ser,
si la hubiere menester,
yo vendré por ella: à Dios.
Vanse Doña Maria, y Juana.
Esp Buenos habemos quedado,
mi Doña Ana, y mi Don Juan,
sin la dama, y el galan.
Ana. Perdí un dueño que he adorado.
Juan. Perdí una amada beldad,
aqui murió mi esperanza.
Esp Dios la perdone. *Ana.* Aqui alcanza
sepulcro mi voluntad.
Esp. Un remedio prodigioso
dar quiero à vuestros cuidados.
Juan. Qual es? *Esp.* De dos desdichados
se suele hacer un dichoso:
Doña Ana perdió por ti
à su amante; tu por ella
à tu dama hermosa, y bella,
entrambos jugais aqui
la pretina, y pues engaños
os ponen en tal rigor,
quien hizo burros de amor,
que pague al otro los daños.
Juan. Necio remedio será.
Ana Yo à lo menos, no podré
aplicarle. *Esp.* No? por qué?
Ana Porque no sale de acá. *Vase.*
Juan. Vén conmigo, que hemos de ir
à desenojarla. *Esp.* Vamos. *Vanse.*

Salen Doña Maria, y Juana.
Mar. Toma allá ese manto, Juana.
Juana. Triste vienes.
Mar. Vengo muerta.
Juana. No tienes razon, pues viste
satisfacciones tan ciertas.
Mar. No admite satisfacciones
quien está tan loca, y ciega.
Juana. Pues tu hermano viene aqui,
riñe con él ahora. *Mar.* Necia
estás, à qué muger quieres
que le falte una pendencia,
quando la haya menester?
Sale Don Luis.
Luis Hermana, escuchame atenta,
porque vengo à darte parte
de mis desdichas, y penas:
Yendo en casa de Doña Ana.
Mar. Ay Juana, mas qué nos cuenta
lo mismo que habemos visto! *ap.*
Luis. A visitarla, y à verla,
entró tras mi un caballero,
que puede ser que en las señas
conozcas; en fin, se llama
Don Diego de Silva. *Mar.* Espera,
que no lo he entendido bien:
quien estaba alli con ella?
Juana. Bien disimula. *Luis.* No sé,
una señora encubierta.
Mar. Conocistela? *Luis.* No tuve,
ni cuidado, ni advertencia;
pero no es esto del caso.
Mar. Pues yo juzgué que pudieras:
en fin, qué pasó? *Luis.* El entró
con la capa descompuesta,
perdido el color, la voz
turbada, torpe la lengua,
no sé lo que dixo. *Mar.* Ay Dios!
reñiste con él? *Luis.* A fuera
le dixe que le esperaba,
y estuve un rato à la puerta
esperando. *Mar.* Y él salió?
que de imaginarlo, tiembla
el corazon. *Luis.* No salió.

Mar. Ay Jesus, que estaba muerta,
buenas nuevas te dé Dios.
Luis. La verdad, hermana, es esta.
Mar. Y en fin, qué quieres ahora?
Luis. Qué quieres q̃ un hombre quiera
zelos? trazas, y engaños,
que amor cauteloso intenta:
fingir que estás disgustada,
y que de mi tienes quejas,
y véte en casa de Doña Ana;
que siendo huespeda en ella,
podrás saber de su amor
el estado: esta fineza
has de hacer, hermana mia;
no habrá cosa que agradezca,
como que à su casa vayas,
y con arte, y con cautela
el estado deste amante,
y deste zeloso sepas.
Mar. Por la mano me ha ganado
mi hermano. *ap.*
Luis. Qué estás suspensa?
Mar. Estoy pensando, qué quieres
que en una muger parezca
de mi honor, y obligaciones,
dexar su casa por quejas
de sú hermano? *Luis.* Aconsejára
cosa yo, que indigna fuera
à tu honor? con una amiga
de su calidad, y prendas,
debiera hacerlo hoy el gusto,
quando el disgusto no fuera.
Mar. El gusto pudiera hacerlo
por su misma conveniencia;
pero el disgusto. *Luis.* No vayas,
si eso te da tanta pena:
quando has de hacer una cosa
que te pida? *Mar.* Espera, espera,
no te disgustes tan presto,
yo iré. *Luis.* Porque no te deba
nada, no quiero que vayas.
Mar. Pues yo quiero, aunque no quieras:
quando ha de ser la partida?
Luis. Luego. *Mar.* Luego?
Luis. Pues qué esperas?
Mar. No ves que es de noche ya?
Luis. Así tendrán por mas cierta,
siendo à deshora la ida,
la causa que allá te lleva.
Mar. O quanto, hermano, me agradas,
quando mi gusto me ruegas! *Vanse.*

Salen Don Juan, y Espinel.

Juan. Quedate aqui, mientras yo
hago en la calle la seña,
por no entrar dentro de casa.
Esp. Bien puedes seguro entrar,
porque no me ha de parar
en la calle, ni en la puerta
hombre humano, ni viviente,
aunque un exercito venga.
Juan. De quando acá tan valiente?
Esp. Quando esto verdad no sea,
quejate de mi. *Juan.* Qué armas
traes para tan grande empresa?
Esp. Una daga, y una espada,
ves tu mas? *Juan.* Aqui me espera,
que con esa confianza
he de entrar, esta es la reja
del patio, donde otras veces
hablamos. *Vase.*
Esp. Sea norabuena:
Ya estamos, señor don miedo,
en la estacada, y palestra,
de donde hemos de salir
con la buena diligencia;
juego de manos parece,
y será la vez primera
que el miedo juegue de manos,
pues siempre las tuvo quedas:
salga de la guarnicion
de la daga, en que está puesta,
luego una cuerda encendida,
que en la guarnicion revuelta
de la espada, nadie duda
que aqui à lo obscuro parezca
un mosquete, que cargado
tiene calada la cuerda:
la vayna venga tambien,

para que la horquilla sea
deste mosquete mental;
y puesto desta manera,
à lo Tudesco plantado,
daré à todas partes vuelta.
Mosqueteros de la paz,
arbitros de la comedia,
todos somos de la carda,
y à todos pido clemencia.

Sale D.Dieg. Salgo à buscar à Don Luis
à su casa, porque entienda
que hoy no dexé de seguirle
por temor de sus bravezas,
sino por otras desdichas,
que siguieron la primera;
y bien se conoce, pues
si se mira con mas fuerza,
no le viniera à buscar
solo à su casa, y quisiera
hallarle presto, por dar,
desocupado, la vuelta
à ver qué quiere Doña Ana,
que por un papel desea
con grande encarecimiento,
que vaya esta noche à verla,
diciendome que esta noche
me tendrá la puerta abierta.

Esp. Vuesa merced, caballero,
en cortesia se vuelva,
y pase por otra calle,
que hay inconveniente en esta,
y emboscada, que le hará
que luego al punto se vuelva,
ò la boca de un mosquete
lo dirá de otra manera,
asentado con dos balas,
que son de su boca lengua
elegante. *Dieg.* Caballero,
mucha prevencion es esa
para que un hombre os responda,
que acaso à esta parte llega
con su capa, y con su espada;
y si me importára en ella
entrar, vive Dios, entrára
por aquesa causa mesma;
y si quereis ver si tengo
animo, y valor, depuesta
la ventaja, con la espada
defended la entrada della.

Esp. Para haber de deponer
la ventaja, no viniera
cargado desde mi casa
con un mosquete, que pesa
cien arrobas: vuesarced,
pues habla tan bien, se vuelva,
ya que no aventura nada.

Dieg. Yo lo haré, como se entienda,
que me voy, por no importarme
pasar por aqui, y aquesta
accion tan aventajada,
no la tengais à flaqueza.

Esp. No tendré sino à gordura.

Dieg. Con mosquetes à la puerta
de Don Luis la misma noche
que ha tenido una pendencia?
miedo gasta, mas de dia
le buscaré, porque vea
como se ha de recatar
de los hombres de mis prendas. *Vas.*

Esp. Lumbre ha dado la invencion,
sin poder dar lumbre, buena
es la industria. *Sale Don Luis.*

Luis. Ya mi hermana
con Doña Ana en casa queda,
yo vengo ahora à mudarme,
por volver à dar la vuelta
à la calle, à ver si encuentro
à aquel caballero en ella,
que hoy no salió de cobarde.

Esp. Hidalgo, sea quien sea,
por otra calle habrá paso,
que está muy cerrada esta.

Luis. Quien lo dice? *Esp.* A la pregunta,
si quiere llevar respuesta,
la de un mosquete lo dice.

Luis. Tened, no caleis la cuerda,
que para un hombre no mas
ya es mucha ventaja esa.

Esp.

Esp. Si un hombre no mas estorba,
un hombre no mas se vuelva,
que un hombre no mas lo pide.
Luis. Es demasiada llaneza
querer que un hombre no entre
en su casa. *Esp.* Quizá es esa
la causa que aqui me tiene.
Luis. Obedeceros es fuerza;
mas ya sé quien os envia.
Esp. Sabed muy enhorabuena.
Luis. Que quien no tuvo valor
hoy para salir à fuera,
y se quedó entre mugeres,
no es mucho que temor tenga
tan grande, que con mosquetes
me venga à rondar las puertas;
pero yo le buscaré
de dia, y haré que sepa
lo que ha de hacer: qué esto, cielos,
en la Corte se consienta! *Vase.*
Esp. Viendo un mosquete à la vista,
el mas alentado tiembla.

Sale Don Juan.

Juan. Qué no haya Doña Maria
querido escuchar siquiera
disculpas? con Juana estuve
hablando por esas rejas,
y dice que no está en casa
su ama; en fin, ella se niega:
Don Luis sin duda me ha visto
en su casa; y así, intenta
darme muerte, pues restado
muera yo, y matando muera.
Esp. Quien viene?
Juan. Quien va? es Don Luis?
Esp. Señor? *Juan.* Espinel, qué intentas?
Esp. Guardarte la calle. *Juan.* Necio,
qué es esto? *Esp.* Un mosquete en pena,
pues fantastico no mas,
tiene sola la apariencia.
Juan. Pues con escandalo tal
me destruyes? loco, bestia,
vil, cobarde, vive Dios,
que tengo mucha paciencia,
si por tan necia locura
no te rompo la cabeza:
no me sigas, que no quiero
verte en mi vida. *Vase.*
Esp. No sea,
vuelvan todas mis alhajas
à su forma, y su materia,
iré tras él, y aunque tarde,
à casa daré la vuelta. *Vase.*

Salen Doña Ana, y Doña Maria.

Ana. Quien dixera que podia
rodearse de manera
el suceso, que viniera
yo à agradecerte en un dia
pesares tuyos, Maria?
y aqueste te he agradecido,
por haber la causa sido
de haberte visto otra vez,
donde al amor hago juez,
que en nada te he deservido;
porque callarte que estaba
Don Juan escondido aqui,
fue, por ver que à mi de mi
él su secreto fiaba;
y como Don Juan callaba
que tu el retrato me diste;
porque tu me lo dixiste,
así te callé tambien
lo que él me dixo. *Mar.* Está bien;
mas piensa que no consiste
el sentimiento en razon,
pues un zeloso sin ella,
por todo, amiga, atropella.
Ana. No quieras otra ocasion
de mayor satisfaccion,
de que Don Juan ha salido
de casa, à buscarte ha ido,
quejoso, ofendido, y loco;
y no me tengo en tan poco,
que lo hubiera consentido,
si una palabra siquiera
de amor le hubiera escuchado,
ni él, si lo hubiera pensado,
tan libremente se viera,

que à buscar otra se fuera.
Mar. Mas satisfaccion no espero.
Ana. Sí, que al dominio primero
no volviera, aunque huyó esquivo,
de cautivo fugitivo,
voluntario prisionero.

Salen Don Diego, y Ines.

Ines. Aqui mi señor está,
entra, no tengas temor;
Don Bernardo, mi señor,
está recogido ya,
la noche tiempo te da,
y ella el lugar te procura;
tiempo, y lugar asegura.
Dieg Y qué me vendrá à importar
el tener tiempo, y lugar,
si me falta la ventura? *Vase Ines.*
Ana. Ya estamos, señor Don Diego,
solos (que Doña Maria
es mitad del alma mia),
escuchadme atento, y luego,
ya que à tanto extremo llego,
me respondereis, y así
saldremos los dos de aqui,
ò satisfechos, ò no:
en qué os he ofendido yo?
qué queja teneis de mi?
No os habeis asegurado
de una vana presuncion,
viendo la satisfaccion
que à vuestros zelos he dado?
Dieg. Doña Ana, yo no he quedado,
yo lo confieso, zeloso;
mas de vuestro amor quejoso
sí, con bastante ocasion.
Ana. Poned la queja en razon.
Dieg. Escuchad: un cauteloso
pecho ha tenido un secreto
tan recatado de mi,
que jamas capaz me ví
de su causa, ni su efecto;
y amor que guardó secreto,
ni fue amor, ni serlo pudo;
y así, esas finezas dudo,
quando à ver, Doña Ana, llego:
que amor que en todos fue ciego,
en ti solo ha sido mudo.
Ana. Don Diego, mayor fineza
fue callar una muger
lo que te pudo ofender,
causandote mas tristeza:
y así, el callar fue firmeza
de mi amor, por escusar
tu tristeza, y tu pesar;
saca, pues, deste concepto,
que quien te calló el secreto,
es quien mas te supo amar.
Dieg. No es, que la que me calló
el secreto, afirmo, y digo,
que ha sido doble conmigo,
aunque el pesar me escusó,
pues quien el pesar me dió,
de toda traicion desnudo,
yo no ignoro, ni lo dudo,
que à la amistad satisfizo,
pues en no callarlo hizo
de su parte quanto pudo.
Ana Mas facil es el hablar,
que el callar en la muger,
y pues yo llegué à escoger,
donde hay razon de dudar,
lo dificil, que es callar,
de mi parte hice (no dudo)
mas; pues si el pecho desnudo
hizo entonces el que habló
lo que pudo, el que calló
hizo mas de lo que pudo.

Sale Ines alborotada.

Ines. Ay señora! muerta vengo.
Ana Ines, qué dices? qué tienes?
Ines. Vino de fuera Don Juan
ahora, y me dixo: Advierte
que Espinel se queda fuera,
porque lejos de mi viene,
baxa à abrirle de aqui à un rato;
yo baxé. *Ana.* Y bien, qué sucede?
Ines. Estaba embozado un hombre
en la calle (mal hubiesen

 las

las comedias, que enseñaron
engaños tan aparentes),
dixele si era Espinel,
dixo que sí, entró, y halléme
que no era Espinel. *Dieg.* Y à donde
está el hombre?
Ines. Escucha, advierte,
que hay mas desdichas; dí voces,
y el mayor daño es aqueste,
que despertó mi señor,
y al escuchar que anda gente,
se levantó de la cama,
y à la luz escasa, y breve,
que entraba à este quarto, ví:
mas qué he de decir, si él viene?
Ana. Don Diego, procura (ay Dios!)
retirarte, y esconderte,
porque hallandonos mi padre
sosegadas desta suerte
hablando las dos, verá
que eramos nosotras: véte.
Dieg. Mal sé la casa, mas ya
miré en el quarto de en frente
una luz, y alli podré
retirarme, y esconderme;
solo me resta saber,
cielos, qué embozado es este?
Retirase Don Diego, y sale Don Bernardo con la espada desnuda.
Bern. Quien estaba ahora aqui?
Ana. Doña Maria, que viene
à estar conmigo. *Bern.* Ya sé
quanto en eso decir puedes:
mas no era Doña Maria
la que estaba solamente,
que un hombre salió de aqui.
Ana. Señor, qué dices? advierte
que nosotras dos no mas.
Bern Dadme aquesa luz. *Ana.* Detente.
Bern. Que desta suerte he de ver
mi desengaño, ò mi muerte.
Toma una de dos luces que habrá, y vase.
An. Ay triste de mi! *Mar.* Qué haremos?
Ana. Qué de males me suceden!
pero viniendo el primero,
quando menos que estos vienen?
Entranse, y sale Don Luis.
Luis. Las voces de la criada
toda la casa revuelven,
mal hice en aventurarme:
mas ya estoy dentro, no puede
escusarse, aqui me escondo,
y venga lo que viniere.
Vase, y salen Don Diego, y Don Juan.
Dieg. Señor Don Juan, pues que sois
un caballero, que tiene
obligaciones, y sabe
las que en tal caso se deben
à un hombre que en vuestras manos
pone su vida, valedme
en esta ocasion, que yo
os doy palabra, que puede
mi amistad favoreceros
en otra no menos fuerte.
Con Doña Ana estaba hablando,
quando su padre nos siente,
quise esconderme, y hallé
abierta esta puerta, entréme
donde estais, mi dicha ha sido,
si esa piedad me concede
algun lugar, donde esté
escondido. *Juan.* Detras de ese
pabellon podeis estar,
y presto, que siento gente;
que en ocasiones de amor,
quando escusarse no pueden
los lances, sé yo muy bien
el amparo que se debe
à un amante, y à una dama.
Escondese D. Diego, y sale D. Bernardo.
Señor, pues vos desta suerte?
donde vais? *Ber.* Buscando un hombre,
que corriendo velozmente,
desde mi quarto se vino
huyendo, y se ha entrado en este.
Juan. Aqui ningun hombre ha entrado,
solo estoy, no me parece
que sentí ruido. *Bern.* Yo sí,
que

que seguí sus pasos leves,
y à la vislumbre ví el bulto.
Juan. Pues yo os afirmo, que en este
quarto estoy solo. *Bern.* Me dais
ocasion en que sospeche,
Don Juan, que erais vos. *Juan.* Señor.
Bern. Porque veros de esa suerte
à tales horas vestido,
negando lo que no puede
dexar de ser, pues yo mismo
le ví entrar, claro me ofrece
que erais vos. *Juan.* Yo vengo ahora
de fuera, y por evidente
seña, no vino Espinel
conmigo, para que llegue
à haber testigos de todo;
y con esto solamente
respondo à las dos preguntas
de estar vestido, y de verme
entrar, y quando yo fuera,
decidme, qué inconveniente
fuera decir que era yo?
Bern. El daño, Don Juan, es ese,
en negarlo; y pues negais
lo mismo que claramente
ven mis ojos, mayor daño
hay aqui del que parece:
yo os ví salir de mi quarto.
Juan. Pues muera yo infamemente
à manos del mas amigo,
si yo fuí quien os parece.
Bern. Pues otro fue, y está aqui,
y sois de qualquiera suerte,
ya encubridor, y ya reo,
à mi honor ingrato huesped.
Juan. Reportaos, porque yo
en todo quanto se debe
à vuestro honor, y respeto,
sé cuerda, y honradamente
cumplir mis obligaciones.
Bern. Pues perdonadme que entre
à ver aqueste aposento,
que mi agravio no consiente
menores satisfacciones.
Juan. Ay mas desdichada suerte!
quien en tal lance se ha visto? *ap.*
Si le defiendo que llegue,
me hago complice en su agravio:
si le permito que entre,
falto al amparo, y palabra,
que di de favorecerle.
Bern. Qué pensais? son casos estos
para admitir pareceres?
vive Dios, que le he de ver.
Juan. Detente, señor, detente,
no has de verlo, vive Dios,
que à ti tambien te conviene.
Bern. Vos me defendeis la entrada
en mi casa?
Salen Doña Ana, y Doña Maria.
Ana. Si suceden *ap.*
dos daños, es el menor
el que ha de elegirse siempre;
una industria con mi padre
este peligro remedie:
Señor, si quieres saber
quien estaba en mi retrete,
Don Juan era. *Juan.* Yo? *Ana.* D. Juan,
no es tiempo de que lo niegues:
él es de Doña Maria
amante, y por eso viene
ella à mi casa, qual ves,
por poder hablarle, y verle:
por ella le sucedió
la desgracia que le tiene
retraído: no es verdad?
Mar. Eso quien negarlo puede,
si yo misma lo confieso?
Sale D. Luis. Ya disimular no puede
mas mi sufrimiento, cielos:
nadie se admire de verme,
que yo diré, como estoy
escondido desta suerte:
yo he venido, Don Bernardo,
por mi hermana, que presente
está, y faltando de casa,
no supe donde estuviese,
y por saber si aqui estaba,

rondé la calle mil veces:
estando en ella, baxó
una criada, y lleguéme
diciendola, que era un hombre
que esperaba; y así, entréme
hasta aqui, donde ya he visto
mis desdichas claramente,
pues he visto à un hombre aqui,
por quien mi opinion padece,
causando en mi misma casa
mil escandalos, y muertes,
y aunque ahora esté en la vuestra,
tengo de satisfacerme.

Empuña la espada, y detienele Don Bernardo.

Bern. Tened la espada, Don Luis,
que si vuestro agravio es ese,
os estará à vos muy bien
la satisfaccion que tiene,
si le da à Doña Maria
mano de esposo. *Luis.* Aunque fuese
así, yo estoy ofendido,
pues mi hermana à verle viene
hoy à tu casa. *Mar.* Tu mismo
me rogaste que viniese,
que yo no queria venir,
y para satisfacerte,
le doy la mano de esposa.

Luis. Ya el callar es conveniente,
y pues por vos, Don Bernardo,
quiero que mi agravio cese,
cese tambien la ocasion,
que tan confusos nos tiene:
dadme, pues sabeis de mi
quien soy, y que la merece
mi sangre, à Doña Ana. *Bern.* Yo
gano en eso. *Sale Don Diego.*

Dieg. Pues quien pierde
se descubra, que ya aqui
no es mayor daño la muerte,
que todos me podeis dar,
que casarse. *Luis.* Si viniese
con vos aquel gentilhombre
cargado con el mosquete,
pudiera ser vuestro amor
que con eso se saliese.

Dieg. Eso es achacarme à mi
los temores que tu tienes.

Van à acometerse, y embarazalo Don Bernardo.

Bern. Dentro de mi misma casa
(qué encanto, cielos, es este?)
una pendencia, y un hombre
de cada razon procede.

Sale Esp. Si quieres que yo te saque
de todo, oye atentamente;
el mosquetero fui yo,
que burló à vuesas mercedes:
Don Juan, y Doña Maria
ha mil años que se quieren,
ya estan casados, à Dios:
Don Diego, y Don Luis pretenden
à tu hija, elija ella
el que mejor le parece.

Ana. Esto conviene à mi honor;
y así, Don Diego merece
mi mano. *Dieg.* Dichoso soy,
y por pagar lo que debe
hoy à Don Juan mi amistad,
yo le perdono la muerte
de Don Fadrique, pues soy
la parte à quien le compete.

Esp. Ahora entro yo con Ines,
porque vean desta suerte,
que no viene solo un mal,
pues tantos juntos nos vienen
el dia que nos casamos:
Perdonen vuesas mercedes.

FIN.

Con Licencia. BARCELONA. POR FRANCISCO SURIA Y BURGADA, IMPRESOR, calle de la Paja.
A costas de la Compañia.